



**PROGRAMA
BUENOS AIRES DE
HISTORIA POLÍTICA
DEL SIGLO XX**



IV JORNADAS DE HISTORIA POLÍTICA

Bahía Blanca / 30 de septiembre y 1-2 de octubre de 2009

Casa de la Cultura de la Universidad Nacional del Sur

Avenida Alem 925

“LA OCUPACION DE LAS BANDAS”. CRONICA DE UN “ASENTAMIENTO GOLONDRINA” EN NUEVA URBANA EN 1998

INTRODUCCION

La “ocupación de las bandas”, como suele recordarse a la toma de las tierras en las que se radicaría el asentamiento 4 de Enero en la fecha homóloga de 1998, fue el colofón de toda una serie de procesos entrelazados. Cabe formular, en ese sentido, algunas advertencias preliminares. En primer lugar, esta presentación resulta de la última etapa de un trabajo de investigación más vasto, concentrado en el espacio social y territorial del Campo Lorca de Villa Urbana, en el partido de La Paz situado al sur del segundo cordón del Conurbano bonaerense. La extensión de éste último -en su mayor parte, baja e inhabitable- la hizo pasible de ocupaciones compulsivas cuando estas fueron cada vez menos toleradas por las diferentes jurisdicciones gubernamentales, pese a haber sido un recurso político de primera magnitud para el peronismo municipal durante la primera gestión del ciclo democrático abierto en 1983. Pese a ello, su propiedad estatal, localización marginal; y la crisis de la administración alfonsinista indujeron a la red que conquistó el control de la Sociedad de Fomento de Nueva Urbana en 1988 a ocupar su zona más alta para descongestionar sus “treinta y cinco manzanas”. Su iniciativa contó con el tibio y cauteloso aval de una Intendencia que, por las razones que podrán inferirse de la lectura de este trabajo, ya por entonces, no ocultaba sus crecientes reparos respecto de esta metodología de acción política. Sobre ese primer experimento y sus protagonistas se habría de cimentar, desde 1991, la nueva fórmula de dominio territorial del “Proyecto La Paz” del Intendente Juan Guido Tavares. Su expresión local fue el “Consejo de Organización de la Comunidad” (COC) N° 1 cuyas ambiciosas metas abarcaban desde la administración hasta el urbanismo y la cultura.

Como las dos que la antecedieron, esta ocupación constituye, además, un mirador privilegiado para observar diversos fenómenos sociales y culturales del universo de los sectores populares: en este caso, las tramas del delito suburbano y sus múltiples solidaridades con diversos estamentos de la dirigencia política local. En el escenario del nuevo asentamiento confluyeron múltiples actores, a saber: las distintas reparticiones de la burocracia municipal enfrentadas entre sí; la coalición política, sindical, y territorial opositora al oficialismo de entonces -discretamente asociada con regiones de la burocracia nacional especializada en la venta de tierras fiscales-; el gobierno provincial que, a través de su dependencia específica, salió a llenar el espacio dejado por una administración municipal paralizada por sus pujas internas; las distintas expresiones del poder barrial de la zona en una etapa de redefinición de sus equilibrios internos; y los medios de comunicación televisivos desde donde los contrincantes salieron a disputarse el apoyo de la por entonces exigente opinión pública de clase media. En un plano más subrepticio, sin embargo, también es perceptible la acción, igualmente relevante, del Obispado paceño; así como el de las fantasmagóricas organizaciones paraguayas dedicadas al tráfico internacional de drogas, armas, y vehículos robados ocultas dentro de los nutridos contingentes inmigratorios llegados desde ese país limítrofe, durante los 90.

En las reflexiones finales procuraremos delinear las formas que adquirió la acción política en ese fragmento marginal de la sociedad paceña; por cierto, bastante más complejo de lo que suponen, más allá de sus inequívocos aportes, los estudios sobre el clientelismo. Como

intentaremos demostrar, los sectores populares constituyen segmentos sociales cruzados por procesos de movilidad social y política cuya compleja heterogeneidad poco tiene que ver con la arraigada imagen de una clientela sumisa e inerte frente a los poderes de turno.

.....
Futbol, delito, tierras, y política en el Campo Unamuno de fines de los 90

Simultáneamente a la conformación de una coalición opositora, en julio de 1997, entre el Frepaso y la UCR –la “Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación”- , Raúl “Macoco” Roldán obtuvo su libertad condicional menos merced a los oficios de Samuel que de su antiguo rival “Pantera”, “capo” de un conjunto de asentamientos con sede en el barrio Juan Manuel de Rosas. Este lo había contactado con un misterioso abogado del peronismo de Varela expulsado de ese distrito por su entonces intendente: Eduardo “El Gordo” Rizzi. Funcionario del Instituto Nacional de Acción Cooperativa, Rizzi había desembarcado primero en Villa Jardín de Alsina; y luego, en Villa Urbana, en donde instalo con un socio una institución clave para la acción política de la época: una radio clandestina en Villa Urbana Centro. Devenido en periodista, Rizzi se hizo bastante famoso en los barrios de esa ciudad recogiendo las demandas vecinales en contra tanto de las autoridades municipales como de sus referentes en los COC. Sus vínculos con las bandas narcotraficantes –había estado implicado durante sus tiempos quilmeses con diversos delitos- se expresaba a través de los mensajes cifrados transmitidos en su radio sobre la ubicación de las bocas de expendio de cocaína que, según la mayoría de los entrevistados, era transportada por vehículos de la propia emisora. De todos modos, lo más llamativo para Macoco fueron los honorarios que este le exigió a cambio de su libertad condicional: tan solo aguardar directivas sobre un proyecto que podía llegar a devolverlo a las primeras líneas del delito urbanense; además de auspiciarle la posibilidad de conjugar esa actividad con la política. Macoco solo debía esperar; evitar involucrarse en operaciones que pusieran en riesgo su libertad; e ir recomponiendo sus vínculos con sus pares del “bajo mundo”, viejos y nuevos. Pero la condición necesaria para poder retornar a Presidente Perón era su reconciliación con su ex socio “El Pelado” Gutiérrez quien, por entonces, también había recuperado la libertad. Macoco recurrió a Samuel quien no tuvo demasiadas dificultades para recomponer la amistad de los viejos “capos”.

Su reputación como un “pesado” implacable podía servirle a este último para controlar a las nuevas bandas en los torneos; justo cuando Macoco requería de recursos para sobrevivir mientras reorganizaba algún tipo de grupo delictivo. En ese contexto, no le costo a “El Pampa” convencer al Instituto del Deporte sobre la necesidad de rehabilitar los partidos suspendidos desde hacía tres meses debido a los disturbios entre bandas generados por las apuestas. En vísperas de los comicios, los clubes volvieron a convertirse en sede de grandes bailes y asados a los que solían asistir los referentes políticos; particularmente Foster y el propio Intendente Tavares. A cambio, aquellos debían movilizar a los equipos que registraban inscripción en sus instituciones en los actos de campaña. La Delegación Municipal de Cuartel X, por su parte, los eligió como ámbitos privilegiados para la distribución de los subsidios del recientemente creado Plan Trabajar. Pero la maquinaria aliancista se presentaba temible por haber logrado la cooptación de decenas de punteros barriales excluidos por el Proyecto La Paz. La victoria final de la coalición opositora en las elecciones legislativas de 1997 disparo inmediatamente toda una serie de estrategias territoriales de cara a los comicios de 1999 que analizaremos mas adelante.

En unas pocas semanas, Macoco había recuperado su papel de consultor y de enlace entre distintos grupos delictivos a partir de sus contactos carcelarios. Pero sus márgenes de acción, sin embargo, estaban fuertemente limitados por la libertad condicional lograda por el misterioso Eduardo “El Gordo” Rizzi, respecto de quien seguía esperando la tal ansiada señal que le habría de permitir volver al primer plano del delito de la zona. “Patria y Tradición” siguió siendo, entonces, el ámbito de confluencia y asociación entre el delito, el fútbol, y la política. Una de las herramientas arbitradas por el veterano *malandra* respecto de las nuevas bandas juveniles consistió en negociar un cierto orden en los partidos a cambio de hacerlos participar en la oferta de oportunidades delictivas procedente de su aceptada red de contactos en toda la zona sur; pero los nuevos grupos exhibían un desprecio supino por los viejos códigos. El contumaz consumo de drogas, asimismo, los había vuelto mas impredecibles. Su baja calificación –apenas mejorada por el tránsito de algunos por los institutos penales- no los hacía demasiado útiles para las operaciones requeridas por los *piratas* mas profesionales. Aun así, no todas eran iguales: las encuadradas en las organizaciones narcotraficantes eran más disciplinadas; pero su contacto diario con las sustancias alucinógenas las colocaba siempre en el borde del descontrol. Así, pudo hacerse una idea de la fisiología de todas las nuevas bandas de la zona y de sus respectivos “capos”.

Macoco, viejo conocido de “Alamo” y “Suco” -los principales “piratas roba autos” de la zona- estableció, por su intermedio, contactos con Víctor Armado; el *narco* vinculado a las bandas de contrabandistas de vehículos robados al Paraguay. Sus jefes, también relacionados con el tráfico de drogas y de armas, recurrieron a su influencia para solicitar tierras de manera de localizar a los cada vez más nutridos contingentes migratorios. Estos estaban saturando las viviendas de sus parientes; y la recurrencia de conflictos concomitantes solían comprometer el “pacto de silencio” y de complicidad de muchos de sus connacionales en torno de su negocio; aunque ello, también, había generado la lucrativa actividad inmobiliaria de las casas de inquilinato en edificios diseñados para albergar transitoriamente a los recién llegados. No era casual que los *capos* paraguayos recurrieran a él: se lo recordaba como el fundador, en 1984, del asentamiento Presidente Perón que, a poco de radicarse, se convirtió en el epicentro de su red delictual. Tenía, por tanto, experiencia logística en la ocupación de tierras. Su lugar estratégico al frente de la seguridad de “Patria y Tradición” le permitía, asimismo, una perspectiva adecuada acerca de quienes podían disponerse a participar en una eventual nueva ocupación en el Campo Lorca. Pero los aportes que podían llegar a recibir de Armado podían resultar insuficientes, por lo que requerían de los servicios de algún jefe “pesado” con apoyos políticos, dispuesto a reeditar una operación muy riesgosa en las nuevas condiciones reinantes desde 1991. Raúl se lo planteó a Samuel quien, a su vez, lo puso al tanto de la situación crítica que se estaba viviendo alrededor de la cuestión territorial en la zona.

Los proyectos de regularización urbana de los barrios San José Obrero y Horacio Quiroga, auspiciados por Jorge Ibáñez desde la Sociedad de Fomento de Nueva Urbana -epicentro del COC N° 1- estaban paralizados desde hacia mas de cuatro años; así como el de la construcción del complejo cultural, educativo y deportivo en el que Samuel había cifrado sus esperanzas de fusionar a todas las instituciones de la zona en un gran club regional de proyecciones mas vastas.¹ Las razones del letargo eran menos económicas que políticas: las autoridades del Programa Arraigo, supuestamente sin las partidas presupuestarias del Gobierno Nacional, no habían podido terminar el rellenado de las zonas

¹ Ver Ossona (2008), Op. Cit.

inundables compradas por esas cooperativas para radicar a sus vecinos excedentes en sus asentamientos originales de acuerdo al modelo de “Los Ibáñez” en Nueva Urbana-1° de Octubre. Las cantidades de tierra que Arraigo había logrado concentrar en los contornos de la pequeña laguna de aproximadamente cien metros cuadrados al sur de las canchas no alcanzaban para elevar los terrenos de acuerdo a las cotas exigidas para la radicación humana. La Cooperativa San José Obrero, asimismo, perjudicada por la concesión de Tavares a Samuel para la instalación de su club en tierras que venía pagando a la Nación había decidido a sus autoridades, luego de sucesivas e infructuosas protestas, exigirle a Arraigo, en 1992, la devolución del dinero aportado por los socios en concepto de compra de los lotes usurpados parcialmente por “Patria y Tradición”. Esa había sido la primera gran transgresión al proyecto urbanizador perpetrada por el propio intendente para afianzar y disciplinar sus apoyos de base. Morosamente, el Estado Nacional efectivizó la devolución del dinero recién dos años más tarde. Mientras tanto, la Cooperativa Horacio Quiroga seguía aguardando que los equipos conjuntos de Arraigo, la provincia de Buenos Aires, y la Municipalidad de La Paz habilitaran su predio. Pero hacia 1997, la situación se había vuelto insostenible para las autoridades de dicha cooperativa. Sus socios, influenciados por referentes de la nueva oposición, las acusaban de malversación en connivencia con los poderes estatales. Si desde hacía cinco años estos habían logrado contener a sus vecinos cada vez más dispuestos a la toma compulsiva de tierras que juzgaban propias; la presión resultaba, hacia fines de 1997, incontenible.

Samuel respondió entusiasmado a la inquietud de Macoco de organizar una toma. Se comprometió a ofrecerle sus avales políticos; aunque también advirtiéndole que estos no eran seguros. En realidad, su respuesta incubaba una trampa: “El Pampa” sabía bien que la ocupación de las tierras de Horacio Quiroga no era demasiado viable debido a la postura adversa a las tomas compulsivas por parte de las autoridades de la Secretaría de Promoción de la Comunidad. Pese a su resentimiento con la administración comunal, Samuel estaba al tanto de que Macoco había conseguido su libertad merced a los oficios del frepamista Rizzi; y él, pese a todo, seguía reportándose ante Foster en “Reafirmación Justicialista”. Además, un común denominador reunía a las dispersas agrupaciones oficialistas: su aversión por los “traidores” que se habían pasado a la coalición opositora. El previsible desalojo -calculaba “El Pampa”- habría de devolver a Macoco incondicionalmente a su férula; eliminando la acechante sombra del “periodista sacapresos” Rizzi en la zona. Por lo demás, no le convenía enfrentarse con Foster cuya estrella estaba ascendiendo en el firmamento político del peronismo lomense de la mano de un gobernador Duhalde enfrentado con el duro *núcleo de elite* del Proyecto La Paz prohijado por Tavares, al que le endilgaba la responsabilidad por la derrota electoral que le infligiera la Alianza en su propio dominio. De ahí, que le informara a su jefe de inmediato el plan ocupador para que este, a su vez, lo hiciera ante el Intendente y a las autoridades municipales competentes.

Con el falso apoyo de Samuel, Macoco, a continuación, les ofreció a sus viejos colegas generacionales participar en el nuevo emprendimiento territorial; pero con el compromiso de vender la mayor parte de las tierras conquistadas a los referentes paraguayos a cambio de armas sofisticadas, drogas, y posibilidades de ulteriores negocios vinculados con el contrabando de autos robados, y de nuevas zonas liberadas. Se hizo una primera reunión una madrugada de mediados de noviembre en la sede del Club. La operación se estipuló en quince días; en cuyo ínterin, los *malandras* habrían de salir a reclutar *soldados*; esto es, familias o individuos allegados interesados en ocupar para vender a cambio de una comisión. Solo quince de los más de veinte aceptaron participar; el resto, con razón,

juzgaba a la operación demasiado riesgosa. Ya hacia principios de diciembre, el aparato ocupador estaba listo para entrar en acción. En una segunda reunión, se estipuló como fecha la madrugada del 8 de Diciembre.

Hacia el amanecer, los *puntas de lanza* habían cortado los alambrados instalados por Arraigo para delimitar las tierras de la Cooperativa, y los once socios se concentraron en la demarcación de los terrenos. Al mediodía, habrían de llegar los demás contingentes. Para entonces, se suponía que Samuel ya habría movido sus influencias municipales para evitar el desalojo. Pero la reacción de la Intendencia fue rápida y drástica: la Subsecretaria de Tierras y Viviendas a cargo de Eduardo Chilly radico la denuncia ante el juzgado del Dr. Hugo Hansen, quien ordeno a la comisaría de Villa Urbana el desalojo inmediato. A lo largo de la tarde, se registraron momentos de gran tensión, cuando los efectivos policiales fueron acosados, en varias oportunidades, por varios vehículos colmados de individuos que ostentaban armas de grueso calibre; pero a las 17 hs. los invasores habían sido expulsados. Las tierras fueron rodeadas durante varios días por cinco patrulleros dispuestos en los estratégicos puntos de acceso sobre Talleres; desde las canchas; y en los límites con Villa Independencia. Fuerzas de gendarmería las cubrían desde la ribera del Riachuelo. Abortada la operación, Macoco se dirigió a Samuel quien, preventivamente, lo aguardaba con una corte de cinco *porongas* armados; pero lejos de atacarlo este se lanzó a llorar amargamente en sus brazos solo preguntándole que había pasado. “El Pampa” pudo entonces advertir el grave deterioro emocional que le había motivado el consumo de drogas; cosa que, pese a su sorprendente reacción, lo tornaba más peligroso que nunca. Acepto sin cuestionamientos la explicación baladí de que su jefe Foster poco había podido hacer frente al predicamento de los hombres del Proyecto La Paz sobre el intendente.

La preparación de la ocupación definitiva por las bandas

Al día siguiente, Macoco recibió la visita de Eduardo Rizzi, quien lo intimó a presentarse en su “bunker” radial en media hora. El “Gordo”, también flanqueado por guardaespaldas armados, estaba furioso: le endilgo haber estropeado sus planes al no haberlo consultado confiando ciegamente en Samuel. Le revelo que quien planificaba ocupar las tierras de la Cooperativa Horacio Quiroga era él, a los efectos de “abrirle territorios” a la Alianza en vistas de las elecciones de 1999. Le confeso, a continuación, que ese era el papel que le reservaba como pago por su libertad: se habría de convertir en el amo de un nuevo y gigantesco asentamiento -mucho más grande que Presidente Perón en los 80- en donde podría desplegar, en el marco de una administración municipal opositora, sus actividades delictivas a las que podía sumar un cargo importante en la Secretaría de Tierras y Viviendas o bien el de concejal. Macoco volvió a quebrarse pidiéndole disculpas; pero Rizzi le respondió, tácticamente, expulsándolo de la emisora. Dos días más tarde, sin embargo, lo volvió a citar; esta vez, a su casa en un clima más cálido y distendido. Tampoco estaba solo; pero sus fieros guardaespaldas habían sido reemplazados por dos reconocidos militantes peronistas que lo abrazaron calidamente: Hugo “Manzanita” Samid, del gremio municipal; y Hugo “El Nene” Santalla, uno de los “pesados” de la denominada banda del Mercado Central, en donde comandaba una “cooperativa de trabajo”.

Rizzi le señaló que había reconsiderado su postura volviéndolo a poner al frente de una ocupación que, esta vez, no podía improvisarse. Había que desestimar apoyos del oficialismo paceño; aunque los que habrían de recibir desde el Frepaso eran “de pura cepa peronista” a través de un dirigente cuyo nombre se reservaba hasta el momento oportuno.

Pero tampoco alcanzaba con el apoyo político: había que respaldar la toma con otros de origen gremial procedente de la CTA, enlazado con las incipientes organizaciones territoriales de base que se estaban incubando en varios puntos del Gran Buenos Aires. También había que procurar el respaldo de abogados y juristas capaces de enfrentar argumentalmente a las autoridades de los distintos estamentos estatales; pero, por sobre todas las cosas, el de los medios de comunicación locales y nacionales. Todo ello habría de correr por su cuenta. A Macoco, en cambio, le encomendó recuperar la confianza de los “capos” que lo habían acompañado en el fallido intento anterior para que volvieran a encolumnarse detrás de él; aunque, esta vez, reforzado por el aparato “militar” de la oposición. Todos ellos debían constituir una poderosa fuerza de choque dotada de un arsenal capaz de repeler a las fuerzas policiales y, eventualmente, a las de la Gendarmería; aunque estimaba poco probable su intervención debido a que sus contactos con el Gobierno Nacional le indicaban que el menemismo no habría de abortar una operación menos dirigida en su contra que en la de su principal adversario: el gobernador bonaerense Eduardo Duhalde y sus aliados paceños. Su excelente relación con el flamante comisario de Villa Urbana también le hacía prever una respuesta policial reducida y a la defensiva frente al imponente poder de fuego que habrían de exhibir las bandas. De todos modos, el apoyo de los viejos “piratas” habría de resultar insuficiente: era menester reforzarlo con el de las nuevas bandas; particularmente, aquellas más próximas a diversos delitos y al tráfico de drogas, ofreciéndoles una región a cada una de las organizaciones que operaban en la zona; muy en especial a la de Víctor Armado. Tímidamente, Macoco no tuvo otra alternativa que confesarle su pacto con los paraguayos; pero Rizzi respondió que lo habría de corroborar en tanto se circunscribieran a las manzanas laterales del asentamiento recostadas sobre la Avenida Talleres para no comprometer el territorio político que procuraba abrir en su interior. “Manzanita” Samid, por último, habría de tramitar apoyos de otros punteros peronistas disidentes de Lomas; al tiempo que “El Nene” Santalla habría de hacer lo propio con sus hombres del Mercado Central.

Concertaron una nueva reunión en quince días para actualizar información sobre el curso de las tratativas; pero Rizzi puso énfasis en que había que acelerar los tiempos, y que, para entonces, el aparato debía estar, como poco, diseñado como para poder calcular la extensión a ocupar. Como esta nueva operación no podía fallar, desistieron de establecer fechas precisas para su realización; optando por concentrar los esfuerzos en el ajuste y la planificación logística “por arriba” y “por abajo”. Pero tampoco había tiempo que perder, porque estaba al tanto a través del vicepresidente de la Cooperativa Horacio Quiroga, Carlos Florentín –a la sazón, enfrentado con su presidente, Anselmo González- que las presiones vecinales en torno de una ocupación de las tierras que estaban pagando desde hacía seis largos años se estaban tornando incontenibles; y que, incluso, contaban con el visto bueno del propio Programa Arraigo y de su institución asociada: el Instituto Nacional de Acción Cooperativa. Si se llegaba a producir ese desborde, había que precipitar la operación; expulsando a los socios por la fuerza. Durante el fin de semana siguiente, Macoco comenzó a juntar adeptos desde la sede del Club; pero el rumor de que algo estaba por ocurrir en Campo Lorca no tardó en cundir. José Luis Alonso, presidente del Centro Cultural de Villa Independencia le transmitió la información al presidente del COC N° 1 Oscar “El Pájaro” Jiménez; y este se la elevó al “coordinador” de turno de la Secretaría de Promoción de la Comunidad, y al Subsecretario de Tierras y Viviendas Eduardo Chilly.

Para la siguiente reunión concertada en la radio de Rizzi, en la Navidad de 1997, Macoco ya tenía su “armado” terminado y en condiciones de entrar en acción: había logrado el

apoyo de once de los quince “poronga” que lo habían secundado en el intento fallido; a los que había sumado seis bandas nuevas, tres de las cuales respondían a los empresarios “narcos”. Armado había puesto a su disposición a una rama colateral de la familia de uno de sus satélites, los Ojeda, quienes contaban con el apoyo de decenas de jóvenes “soldados”. Santalla, por su parte, advirtió sobre la inminencia del avance de los socios de la Cooperativa a mas tardar, luego de la Fiesta de Reyes; frente a lo cual, Rizzi entendió conveniente no tomar la iniciativa, sino esperar que lo hicieran ellos para que su violento desalojo por las bandas operara el debido efecto de demostración sobre los demás jefes barriales y las autoridades municipales. El momento del año ayudaba debido a que desde principios de enero, la mayor parte de la plana mayor del gobierno municipal se iba de vacaciones a Pinamar supeditando sus funciones respecto de una actividad política superestructural, y trabando alianzas con sus superiores provinciales y nacionales en procura de futuros ascensos.

Pero los hechos se precipitaron antes de lo previsto. El día de Año Nuevo de 1998, Anselmo González le solicitó a Alonso una reunión urgente demandando su apoyo a la ocupación de sus vecinos. “El Loco” le advirtió su inconveniencia porque, como buen experto que era en la materia, entendía que sería el “santo y seña” para una contraofensiva de las bandas. En efecto, en la madrugada del 3 de Enero de 1998 se empezaron a radicar desde la franja entre las canchas y el Barrio Libertad los primeros socios “puntas de lanza” debidamente armados. Esa misma tarde, Santalla se dirigió al domicilio del presidente del COC, Oscar “El Pájaro” Jiménez para citarlo a una reunión urgente en la casa de Rizzi. Allí, éste, Santalla y Samid lo aguardaban con un espectacular asado criollo. Le comunicaron que la decisión de ocupar las tierras de la Cooperativa Horacio Quiroga era indeclinable; y le recomendaban utilizar toda su autoridad en el COC para convencer a los socios que ya estaban tomando sus tierras de retroceder para evitar derramamientos de sangre. “El Pájaro” salió del cónclave empalidecido; y, de modo personal, se dirigió a la casa de los distintos miembros del COC para citarlos a una reunión de urgencia para el mediodía del 4 de Enero. Para entonces, el “armado” militar de Macoco ya estaba desplegando su acción.

La “comisión” y el “reparto”: “puntas de lanza”, “soldados”, y “hormigas”

Los *malandra* que habían constituido una comisión presidida por Macoco, se habían reservado, de acuerdo a lo convenido, la distribución de las tierras mas valiosas situadas en la franja recostada sobre la Avenida Talleres. Pocos de estos jefes quisieron exponerse como *puntas de lanza*; optando delegar ese papel entre sus allegados, generalmente parientes directos. En esa franja lateral de cuatrocientos metros de longitud por cien de ancho se podían delimitar aproximadamente ciento sesenta lotes, descontando el espacio reservado para pasillos y corredores. Los *poronga*, en total, acapararon entre sesenta y setenta lotes; los cien restantes habían sido vendidos antes de la toma a los jefes paraguayos quienes colocaron también, desde su comienzo, a sus propios pioneros debidamente armados. El pago recién se habría de efectuar una vez garantizada la estabilidad del asentamiento. Los terrenos fueron cotizados por los miembros de la “comisión” de acuerdo al precio promedio de la zona; aunque con el descuento correspondiente al costo de la incertidumbre sobre el eventual desalojo, como al hecho de que aun estaban por debajo de la cota hidráulica habilitada para su habitabilidad.

En el interior, como ya se lo señalo, se configuraron nueve zonas; cada una de las cuales dominadas por las bandas menores de *barberos*, *narcos*, o delincuentes poco calificados. En su inmensa mayoría, estaban integradas por gente muy joven, casi adolescentes. Cada uno de estos núcleos acaparo un promedio de veinticinco lotes; pero su negocio y el de sus *soldados* era vendérselos a los únicos interesados en comprar inmediatamente se consolidara el asentamiento: los *capos* paraguayos y sus clientelas. Ahora bien; si al momento del loteo ninguno estaba en condiciones de ocupar la totalidad de su respectiva su zona solo con miembros de su banda; toda toma no abortada inmediatamente se convertía en un hecho tumultuoso y desordenado en el que terminaban participando centenares de personas que se enteraban del movimiento territorial al difundirse la noticia.² En la jerga ocupadora, a estos se los reconoce como *hormigas*. Considerando que cada zona contaba con unos cuarenta lotes; y que las bandas estaban en condiciones logísticas de ocupar efectivamente unas veinticinco; el resto fue tomado por este segmento cuyos exponentes casi nunca estaban dispuestos a pagar a los *capos* y a sus *satélites* los montos exigidos. Por lo demás, era tal la capacidad adquisitiva y la demanda de los paraguayos que la mayoría quería vender los terrenos lo antes posible; reservándose para ellos solo algunos de manera de anclar allí una “zona liberada” o bien una “cocina” *narco*. En síntesis, el nuevo asentamiento estaba constituido por aproximadamente quinientos cuarenta lotes. Los *poronga* de la comisión se quedaron con unos cincuenta aproximadamente; Macoco, con otros treinta; y las siete bandas con unos ciento cincuenta. En la zona central, otros cien fueron tomados inmediatamente por los inmigrantes paraguayos allegados a los jefes comunitarios; y los demás doscientos se distribuyeron entre los miembros del estamento más vulnerable: los *hormiga*. La circulación dentro del asentamiento habría de realizarse a lo largo de siete pasillos perpendiculares a Talleres, y otros tres paralelos; aunque en su extremo noroccidental, -ocupado posteriormente por “hormigas” que no acataron la diagramación de los *poronga*- se estableció un cuarto corredor transversal de unos cien metros de longitud.³

En cuanto a los jefes, en su totalidad, eran allegados a Macoco durante su “época de oro”, en los 80. La mayoría venia de los barrios alsinianos de Villa Diamante, Villa Diamante, Presidente Perón, 9 de Julio y Villa Jardín; aunque también había uno

² Los denominados “radiopasillos” constituyen en los barrios canales de información que atraviesan las redes de parentesco y comunitarias horizontal y verticalmente. En todas estas redes, existen personajes claves que concentran la información y regulan su difusión tales como punteros, líderes religiosos, entrenadores deportivos, etc. que suelen ofrecer un cuadro bastante verosímil acerca de la estructura del poder barrial. De todos modos, las solidaridades en el interior de las redes tienden a hermetizarlas en situaciones conflictivas que es cuando más se polemiza y discute en las comunidades. Las bandas juveniles, al aglutinar a chicos de distintas redes, operan como ámbitos que permiten a los referentes obtener pistas acerca de aquello en “lo que están” los demás grupos. De ahí la importancia de espacios de sociabilidad simbólicamente tan importantes en la zona como los clubes del Campo Lorca.

³ La geografía de esa región periférica del Campo Lorca se halla ubicada en una de las zonas mas bajas de La Paz, en el denominado “valle del Riachuelo o del Río de la Matanza” atravesado en su flanco oeste por el Arroyo homónimo que le confirió su nombre. Su zona norte, en donde transcurre nuestra historia, es un bañado surcado por un conjunto de pequeñas lagunas aisladas, pero que se encadenaban a raíz menos de los desbordes del Riachuelo que del Arroyo Lorca. El epicentro del escenario en el que transcurriría la toma era una de esas lagunas de unos ciento cincuenta metros de diámetro; en cuyo borde occidental estaba instalado, desde los años 60, un gigantesco basural en donde las empresas químicas de la zona depositaban sus residuos contaminantes. Una parte de este había sido ocupado a raíz del asentamiento de Villa Independencia en 1992. El resto correspondía a las tierras que Arraigo le había asignado a la Cooperativa Horacio Quiroga asumiendo dicho organismo su saneamiento y relleno, así como el de la laguna.

procedente de Nueva Urbana, otro de La Cava y, finalmente, otro de San José Obrero. Todos ellos estaban más o menos especializados en una gama de actividades que oscilaban entre el robo de automóviles, la “piratería del asfalto”, los asaltos a viviendas, pequeños y medianos comercios, y establecimientos fabriles, etc. Macoco tenía la ventaja diferencial de su experiencia de Presidente Perón quince años antes; por ello se colocó al frente de la ocupación. De todos modos, entre ellos se estableció una jerarquía y una especificidad de tareas. Si Macoco era el líder e ideólogo de la ocupación, “El Pelado” Gutiérrez, experto en armas, se encargó de la logística militar consistente en organizar a los “soldados” para las guardias en cada una de las siete bocas de ingreso sobre Talleres. Sus funciones, sin embargo, se superponían con las de “Cara de Vieja” Roldán quien, además de ser hermano del jefe, había sido “capo” en los sucesivos penales por los que había transitado y era reconocido como un “pesado” digno de respeto en las en todas las cárceles de Buenos Aires. Su especialidad consistía en coordinar a las bandas de “soldados”, negociando con sus respectivos jefes los asuntos de disciplina interna y el trato que debía ofrecerle a los “hormiga”. Los tres conformaban una suerte de “estado mayor” de una “comisión” integrada, además, por los demás cinco “poronga”.

En un segundo peldaño, se ubicaban “Magu” y “Palo”: el primero estaba encargado de tratar con los más organizados -pero también más peligrosos- representantes de los “capos narcos” quienes presumían la autonomía” que les confería su mayor disciplina; el segundo, hombre de “El Pampa” y, por lo tanto, nexo entre la “comisión” y su ex socio - que procuraba una equidistancia táctica entre esta y el poder político local- oficiaba de interlocutor entre los “poronga” y los “pibes”, sobre quienes ejercía un predicamento paternal procedente de su papel de entrenador y árbitro del fútbol de potrero de la zona. Su rol era crucial porque los desbordes y peleas entre soldados eran recurrentes, y su descontrol podía poner en riesgo toda la operación ocupadora. Estableció, así, un sistema de rigurosas normas consistente en suspensiones de raciones alimentarias, o del suministro de estupefacientes ofrecidos por los “satélites” narcos. El rigor militar de sus criterios disciplinarios, sin dudas, espejaban los de las instituciones penales por las que habían transitado muchos de ellos; aunque adosándole otros relativos a la sociabilidad carcelaria – los “tumberos”- que, por aquellos años, estaba atravesando transformaciones profundas.⁴

⁴ Desde la segunda mitad de los 80, esta había experimentado hondas transformaciones que requerirían de un tratamiento específico; aunque iremos aportando alguna información adicional a lo largo del trabajo. No obstante es importante señalar desde ya que el avance de las comunicaciones, la detención de los jefes de varias “superbandas”, y los recurrentes traslados de detenidos por razones disciplinarias como intentos de fuga o motines, determinaron la configuración de un circuito entre los principales referentes de todas las cárceles del país. Se configuraron códigos a los que se los denominó “tumberos”, que eran compartidos por todos, consistentes en palabras, gestos y actitudes de implacables consecuencias. La comunicación entre los capos estaba facilitada por la complicidad de miembros del propio Servicio Penitenciario Nacional que participaban de los botines; aunque su afinidad estaba soldada por su común afición por el consumo de drogas; en su mayoría, obtenida en los servicios médicos de los propios penales. Todo el circuito había engendrado una suerte de mercado negro de drogas legales e ilegales. Obviamente, la cocaína y la marihuana eran las más caras y buscadas que solían ser patrimonializadas por los “capos” y sus socios carceleros; pero los psicofármacos comprados por el Estado para dopar o manejar internos difíciles se convirtieron en moneda corriente. Se destacaban entre estos últimos el Halopidol, destinado a pacientes psicóticos o esquizofrénicos; el Klosidol, un poderoso analgésico de origen opioide; el Demerol, a base de la riesgosa mepedrina; y el Rohipnol, el hipnótico de uso más corriente y masivo. La sociedad entre guardiacárceles, detenidos y aun médicos determinaba que, en algunos penales, los internos fueran habilitados a “salir a trabajar” de noche para poder cambiar su botín por drogas. Algunos jefes conformaron alianzas tan firmes con sus guardianes que se convirtieron en insustituibles informantes de la policía acerca de los movimientos de los que estaban en

Ambas vertientes, entonces, confluían y se conjugaban con la ruptura intergeneracional y su correlato de renovación de los códigos y prácticas tradicionales de la vida marginal. Los “poronga” concibieron al asentamiento como una suerte de penal con sus respectivos pabellones traducidos en las zonas de las diferentes bandas “satelites”; y estaban dispuestos a aplicar, sin miramientos, la gama de sanciones exhibidas en los sucesivos motines de esos años entre los que se destacaban, de menor a mayor, las violaciones, los degüellos, descuartizamientos, e incineraciones.⁵

Las bandas menores requieren de una especificación más detallada. “Los Polaquitos” eran un núcleo procedente del el barrio “El Olimpo” de Ing. Budge, vinculados a Macoco desde los tiempos en los que allí se refugio, protegido por “Pantera”. Eran un conjunto de jóvenes que descendían de una entrelazada red de familias chaqueñas; en su mayoría, de origen europeo oriental. Su denominación procedía del aspecto rubio de varios de sus miembros, que los distinguía. Constituían casi una treintena de jóvenes entre los quince y los veinticinco años que encontraron en la ocupación la posibilidad de autonomizarse de sus padres; haciéndose de un capital para recomprar tierras y establecer vínculos con bandas de otras zonas. Famosos por su inclemente crueldad, “Los Polaquitos” estaban dedicados, principalmente, al robo a mano armada, cuyos botines tenían la facilidad de venderlos de manera directa a través de sus padres y tíos propietarios de tres puestos callejeros anexos a la Feria de La Salada. Algunos de estos parientes integraban un equipo de fútbol de nombre análogo. Junto con “Los Ojeda” eran una de las bandas más proclives al descontrol nocturno debido a que algunos de sus miembros se drogaban y alcoholizaban profusamente; mientras que otros, a través de una suerte de *delivery* distribuían en motocicletas cocaína y marihuana en distintos puntos de expendio de Alsina. La banda de “Pancho”, también *chorros de caño*, sumaban unos quince individuos; con la originalidad de que en el participaban algunas mujeres. “Don Pancho”, el padre y jefe de la banda, de unos cincuenta años, había añadido a sus hijos y sobrinos sus esposas respectivas; e incluso a algunos vecinos de su barrio Villa Diamante. “Los Monitos” constituían otro grupo de aproximadamente quince *pibes* manejados –o, tal vez; “asesorados”- por un viejo *malandra*; aunque se conducían con gran autonomía.⁶ Su denominación procede de las burlas que recibían en las canchas de fútbol – se decía que eran “negros, feos, y chiquitos”- y estaban vinculados a una de las bandas narcotraficantes. También conformaban un plantel de excelentes jugadores de fútbol; pero pocos querían enfrentarse con ellos porque su barra

Villa Independencia. Es más, las propias fuerzas de seguridad los trasladaban de penal en penal para recabar información acerca de los movimientos de las distintas organizaciones delictivas; sobre todo de las grandes. Surgieron así las denominadas “bandas voladoras” que transitaban entre los institutos, vendiendo sus oficios al Estado. La densidad nueva cultura carcelaria motivo fascinación en los jóvenes inclinados o no al delito; por lo que se difundieron en sus grupos sus códigos, términos, armas, y drogas. Por lo demás, los canales de comunicación entre la marginalidad barrial y las cárceles estaba garantizada por los parientes de los detenidos, o por aquellos que, intermitentemente, transitaban por los penales y recuperaban la Villa Independencia merced a la intervención de abogados; casi siempre, ofrecidos por dirigentes políticos.

⁵ Como ya se señalara en el trabajo anterior, por aquellos años, se difundieron en las cárceles las “facas” y sus variantes: sables cortos y largos de fabricación casera.

⁶ El término *pibe* que, procedente del viejo lunfardo porteño, significa niño; adquirió una nueva acepción en los barrios populares relativa a los fenómenos analizados en la sección anterior. “Los pibes” habría de aludir menos a los tradicionales chicos del barrio en general, que a los miembros de las nuevas y peligrosas bandas de *barberos* localizables, asimismo, en las barras bravas; extensibles, ulteriormente a los aficionados al delito *amateur*. De ahí, el término popularizado, luego, por un conjunto musical pionero de la estética específica de ese segmento juvenil de “*pibes chorros*”.

de parientes y amigos solían apoyarlos exhibiendo armas de fuego. Los más incontrolables eran “Los Soto”, una familia de veinte correntinos organizada bajo la forma tradicionalmente patriarcal. Combinaban los asaltos ocasionales con los *escruches*, pero habían ganado notoriedad merced a varios robos exitosos de autos. Eran poco proclives a la droga; aunque no así al vino y a las bebidas blancas. Tenían parientes recluidos en distintos penales haciendo sus respectivos “cursos de perfeccionamiento” –con quienes solían encontrarse algunas noches para perpetrar “operaciones” autorizadas por miembros del Servicio Penitenciario Nacional-, y los más jóvenes jugaban en distintos equipos de fútbol. “Los Ojeda” eran la banda con mayores perspectivas de ascenso porque abrevaban en la organización de sus primos segundos cuyo “capo” era uno de los dos *punteros-satélites* de Víctor Amado. También tenían un equipo de fútbol que participaba en los campeonatos de las ligas zonales; y su particularidad era su copioso arsenal de armas pesadas, chalecos antibalas, etc. proporcionados a través de su primo Víctor Ojeda por un gran vendedor de Avellaneda, jefe de la barrabrava de un club de la zona, y miembro de una superbanda dedicada al robo de camiones blindados. Entre todos, “Los Ojeda” sumaban unos treinta individuos. “Los Carasucia” eran un núcleo de adolescentes cuya identidad procedía de un equipo de fútbol amateur. Jóvenes desafiados procedentes de las denominadas “familias estalladas” –próximos a lo que daríamos denominar “pibes de la calle”- todos ellos eran vecinos de Villa Urbana; y tenían una densa trayectoria de “ranchadas” sobreviviendo debajo de los andenes de la Estación Constitución, y en los caños de desagüe paralelos a las vías.⁷ Conjugaban durante sus etapas callejeras la limpieza de parabrisas en una esquina del centro de la Ciudad de Buenos Aires; la venta de golosinas en relación de dependencia respecto de uno de los “capos” de esa actividad en la Línea Roca, y la prostitución infantil y adolescente en los baños de la terminal. Residentes en el radio de Nueva Urbana, 1° de Octubre, La Cava, y Independencia, “Los Carasucia” habían constituido una banda de *barberos* que se reunían en la plaza de este último barrio, por lo que también se los reconocía bajo la denominación de “Los de la plaza”. Sus escándalos recurrentes, ni bien tuvieron acceso a las armas de fuego, habían motivado, tres años antes, una reunión conjunta de los jefes de los barrios de Campo Lorca y Nueva Urbana -Jorge Ibáñez, José Luis Alonso y Oscar “El Pájaro” Jiménez- quienes, una noche, los rodearon con otros treinta vecinos armados conminándolos a desaparecer de la zona o atenerse a las sanciones de la “organización” barrial. “Los Boquita”, por último, eran un núcleo de unos veinte pibes procedentes de Villa Jardín que integraban la *barrabrava* del Club Atlético Boca Juniors. Gregarios y orgullosos por su afiliación a un club nacional, integraban un equipo de fútbol muy meritorio que solía suscitar jugosas apuestas por parte de sus vecinos, amigos, y parientes. Eran reconocidos *chorros de caño*; aunque algunos de sus familiares estaban presos; y alternaban sus actividades delictivas con otras semilegales tales como los “delivery” a domicilio de pizzerías de Banfield, La Paz, y Alsina; o como albañiles y pintores conchabados por contratistas paraguayos a quienes ofrecían, por encargo o no, información para la perpetración de robos o asaltos, que vendían también a otros grupos cuando sus parientes no estaban en condiciones operativas. Hemos así, entonces, un perfil aproximado de las bandas *satélites*. Cada una de ellas, estaba dotada de una jefatura que subordinaba a los denominados *soldados*. Todos ellos configuraban la organización que

⁷ Se entiende por “ranchadas” a los agregados de niños huérfanos, abandonados, expulsados de sus casas que convivían en las grandes terminales ferroviarias debajo de los andenes. Ver Ossoy, Jorge L. (2006), Política barrial y política comunal en Nueva Urbana durante los años 80 y 90. Buenos Aires CEHP-UNSAM.

pudo articular Macoco desde “Patria y Tradición” durante noviembre y diciembre de 1997, solo unos meses luego de su retorno al barrio merced a su libertad condicional, en procura de volver a erigirse como un “capo” de la “joda” local a través de una de sus pretéritas especialidades: la ocupación y venta clandestina de tierras.⁸

La parálisis municipal, o el “empate” de facciones político-burocráticas enfrentadas

Hacia el amanecer, las tareas emprendidas por los veinte “punta de lanza” durante las cuatro horas anteriores muñidos de linternas y de reflectores portátiles se pudieron hacer visibles. Estaban mas concentrados en los terrenos sobre la Avenida Talleres; pero, en general, se habían diseminado en la totalidad de las doce hectáreas del predio; salvo en la laguna de aproximadamente cien metros de diámetro localizada en el extremo norte. Incluso, se llegaron a ocupar las tierras contaminadas del basural lindante con nordeste del Barrio Independencia. La respuesta policial ordenada por el nuevo comisario nombrado en los últimos días de diciembre, esta vez, había tenido -tal como lo había asegurado Rizzimuy poca intensidad: solo algunos patrulleros recorrían la zona más como espectadores pasivos que como garantes del orden publico. Recién hacia el mediodía, llegaron dos camionetas Toyota que se apostaron en los extremos norte y sur del asentamiento sobre Talleres; otra, lo hizo sobre Ibarzábal para controlar a los contingentes llegados no desde el sur sino desde el oeste; en su mayoría procedentes del barrio Horacio Quiroga. Para entonces, los hechos se empezaron a precipitar merced a la masiva llegada de los *soldados*. Si aproximadamente a las doce del mediodía ya se podían contar unas cien personas -quienes presurosamente se disponían a instalar precarias viviendas de chapa, cartón y madera-, hacia el atardecer ya sumaban unas ochocientas; incluyendo a los espontáneos *hormigas*.

Los “capos” estaban satisfechos y sorprendidos al mismo tiempo: aun no habían recibido el apoyo del “aparato político” frepasista y, sin embargo, nada importante había ocurrido. Todo hacia pensar -y no se equivocaban- que la respuesta provincial y municipal era correlativa tanto al periodo estival de vacaciones como a las fuertes disputas internas dentro del peronismo municipal que, sin proponérselo, habían terminado capitalizando a su favor. Esa había sido, de todos modos, una hipótesis posible, inferible de los elípticos juicios transmitidos por de “El Pampa” a Macoco. En efecto, el subsecretario de Tierras y Viviendas, Eduardo Chilly, quien esperaba una toma recién para después de Reyes, una vez informado de los acontecimientos, y respetando el orden jerárquico tan puntillosamente exigido por el *núcleo* del Proyecto La Paz, le ordeno a su directora ejecutiva, la Dra. Mary Torres, dirigirse de inmediato a su superior, el Secretario Privado de la Intendencia, Norberto Rosendi. Este debía hacer la debida denuncia ante un juez para acelerar -como había ocurrido menos de un mes antes- el desalojo. Pero la respuesta de Rosendi, de vacaciones en Pinamar, dejo perplejos a los burócratas de Tierras y Viviendas: le informo a la Dra. Torres que la Municipalidad de La Paz no habría de volver a caer en el error de denunciar lo acontecido debido a que esas tierras eran propiedad del Estado Nacional; y que este, vía el Programa Arraigo, se las estaba vendiendo a la Cooperativa Horacio Quiroga. La Municipalidad, por tanto, no habría de volverse a hacer cargo de los costos políticos de un desalojo que, esta vez, habría de ser mucho mas violento debido a la

⁸ “Estar en la joda”, “ser pirata”, o “malandra” eran equivalentes al mas conservador y tradicional “mala vida” de connotaciones mas religiosas.

multitudinaria del movimiento. Correspondía, entonces, a las autoridades nacionales del citado Programa formular la denuncia correspondiente que era lo que, precisamente, no habían hecho veinte días antes; circunscribiéndose a responder a las citaciones de juez Hansen solo por “fax”.

El Intendente Juan Guido Tavares, por su parte, descansaba en su casa de veraneo de La Lucila. Avalo, presumiblemente inducido por su influyente esposa, la decisión de Rosendi; al tiempo que le respondió a un Chilly colérico y desesperado que dejara transcurrir los acontecimientos hasta que estos decantaran. Para el Secretario y sus colaboradores era la respuesta inequívoca de un hombre quebrado y volitivamente paralizado por el naufragio de un proyecto al que había adoptado como propio; pero que, luego de siete largos años de su lanzamiento, distaba de haber logrado los objetivos que se había propuesto. Chilly, un político que estaba haciendo su experiencia en la “cuestión tierras”, le reprochaba a sus superiores su respuesta de corte jurídico; cuando, en realidad, lo que estaba ocurriendo en Campo Lorca no expresaba sino la estrategia opositora de “aperturas territoriales” en los bastiones peronistas del Gran Buenos Aires, de cara a los comicios de 1999.

Arraigo y el INAC, por su parte, volvieron a mostrarse indiferentes ante los acontecimientos; suscitando la reacción de un Anselmo Gnozález que no podía descifrar la lógica de su silencio. Desde diciembre, cuando los hechos empezaron a precipitarse, había sido ignorado por las autoridades del Programa quienes respondían a sus pedidos de audiencia derivándolo a funcionarios de menor rango. Otro tanto ocurría con su gemelo INAC. Desesperado, temiendo un motín de los vecinos en su contra, trato de comunicarse con el Intendente Tavares; con sus colegas del COC N° 1; con el Secretario de Promoción de la Comunidad, Antonio Serra; y con el propio Chilly. Pero solo este último se avino a recibirlo; endilgándole que el detonante de “la ocupación de las bandas” había sido la reacción, un mes antes, del contingente de noventa socios de la Cooperativa a su cargo, a quienes éste no había podido controlar.

La crisis del Proyecto La Paz y su reflejo en la política barrial: pulverización del COC N° 1 y ascenso de la “Mesa Distrital de Tierras y Viviendas, e intento de desembarco opositor

El 4 de Enero al mediodía se había reunido en la sede de la Sociedad de Fomento de Nueva Urbana el COC N° 1 en pleno para analizar los acontecimientos. La reunión terminó –como vena ocurriendo en todas desde hacia un tiempo- en una batahola de recriminaciones recíprocas. Los cuñados Jorge Ibáñez y “El Pájaro” Jiménez, enfrentados desde hacia varios meses, se acusaban recíprocamente de distintas corruptelas con los fondos administrados por la Secretaria de Promoción Comunitaria, o los procedentes de los Consejos Escolares; “El Loco” Alonso le reprochaba a Anselmo González su incapacidad para contener a sus socios cooperativos, atribuyéndola a su origen radical; Samuel “El Pampa” irrumpió advirtiendo que todo aquel *punta de lanza* que intentara hacer pie en la franja de trescientos metros entre su Club y el asentamiento, sería repelido a balazos. Pero omitía que entre los ocupantes -sin contar a Macoco- habían varios hombres de su confianza, como el propio vicepresidente del Club, Raúl “Palo” Celman, su árbitro y entrenador en jefe. El encuentro terminó a las trompadas; tras lo cual Jiménez presentó su renuncia indeclinable, siendo reemplazado por el vicepresidente, a la sazón, José Luis Alonso. Pero, a continuación, dimitieron los representantes de Horacio Quiroga, San José

Obrero, La Cava y los tres clubes de Campo Lorca; quienes, lisa y llanamente, apartaron a sus organizaciones del Consejo.

Alonso comenzaba, así, su acumulación de poder barrial menos a instancias del COC que de su “Mesa de Tierras y Viviendas”. Esta estructura lo conectaba con sus pares de tierras nacionales de todo el distrito en coordinación con uno de los “números puestos” para suceder a Tavares en 1999: la concejal Mariela Bassi Mestre, quien tenía “línea directa” con el Gobernador Duhalde y con el Obispo Demetrio Gallini.⁹ Bassi venía tejiendo sigilosamente su armado desde 1995; y saltado a la palestra de la política local en 1997 cuando, en su condición de primera concejal, debió suplir, en dos oportunidades, al intendente afectado por sus recurrentes agotamientos psíquicos.¹⁰ Desde la cima del poder municipal, Bassi se lanzó a dotarse de apoyos territoriales; logrado hacer pie en la Mesa de Tierras y Viviendas presidida por Alonso; y aproximando a caudillos abandonados como Anselmo González. Pero Bassi era la cabeza de solo uno de los varios grupos que pretendían heredar el “premio mayor” del peronismo paceño. Con grandes perspectivas se anotaban también Luis Federico Foster –quien, por entonces, había vuelto a ser uno de los principales hombres de confianza de un Tavares agobiado por el *núcleo tecnocrático* que incluía a su propia esposa- ; y el propio Eduardo Chilly; aunque desde una estructura mucho menos sólida, pese a su estratégico puesto. En Nueva Urbana, por caso, las denominadas “viudas” del Proyecto La Paz se distribuían entre Bassi y Foster; este último apoyado, desde siempre, por “El Pampa” Rodríguez, y por los demás clubes que constituían un precioso botín electoral.¹¹

Mientras tanto, en el escenario de los acontecimientos se vivía un frenesí de situaciones. Hacia el anochecer, la toma ya sumaba unas cuatrocientos cincuenta familias procedentes, en su mayoría, de los barrios aledaños de Alsina; aunque también de Nueva Urbana, San José Obrero, La Cava, e Ing. Budge. En su avidez ocupadora, muchos *hormiga* se instalaron, incluso, en medio de la laguna de veinte centímetros de profundidad donde montaron viviendas en las que solo se podía ingresar por el techo. Así, cuantitativamente, la ocupación estaba concluida; y se aproximaba la hora de afianzarla de acuerdo a las metas que se habían propuesto sus líderes. Ya avanzada la noche, los hechos transcurrían en dos escenarios: uno interno y otro externo. Mientras que en el primero, comenzaron las tareas de disciplinamiento y depuración del asentamiento; en el segundo, la “comisión” confluía con los principales exponentes del aparato político opositor. Macoco y sus pares se dividieron las tareas: mientras que el, “El Pelado”, “Palo” y “Magu” habrían de recibir a los políticos; los demás se encargarían de las “tareas” internas consistentes en el acoso y chantaje de los intrusos, y en la expulsión de los noventa vecinos de Horacio Quiroga localizados en el flanco sudoccidental.

⁹ Ver Ossona, Jorge Luis (2005); Política barrial y política comunal en Nueva Fierito durante los años 80 y 90. Buenos Aires. CEHP-UNSAM.

¹⁰ Muchos interpretaban que, de ese modo, seguía los pasos de Tavares en los 80, cuando este había quedado, de hecho, al frente del municipio en varias oportunidades cubriendo a su jefe que mientras tanto escalaba posiciones en el orden nacional.

¹¹ Chilly había comenzado a delinear desde su acceso a la STV una estrategia territorial; pero su nombramiento reciente, en octubre del año anterior, y su escasa experiencia en la materia determinaron que al sustanciarse la ocupación sus resultados fueran aun magros. De alguna manera, la toma significó para el su “bautismo de fuego”, aunque aun no había logrado organizar una agrupación o subagrupación propia. Con los años, se habría de convertir en un funcionario crucial en la cuestión territorial.

Efectivamente, a las 21 hs arribaron al lugar varios vehículos de lujo escoltados por cuatro camionetas repletas de militantes Del primero, descendieron Rizzi, Santalla y Samid, quienes habían aguardado al resto de la caravana en las proximidades del Puente de La Noria sobre la Avenida Gral. Paz; de las segundas, un grupo de aproximadamente treinta individuos procedentes de la temible “patota” del Mercado Central. Luego de estrechar a Macoco en un fuerte abrazo, felicitándolo por el éxito de la operación, Rizzi le comunico que ahora iba a poder constatar la calidad y la “pura estirpe” peronista de sus apoyos políticos. Del segundo vehículo, descendieron el entonces diputado nacional Pablo “Pupi” Caffaro acompañado por Martín Fernández Seijo, hijo de la flamante senadora nacional por la Provincia de Buenos Aires. En un tercer coche, venían los abogados Javier Guarini y Eduardo Lumbroso; el primero, militante de Frepaso; y el segundo, de una organización territorial de Villa Diamante vinculada al Partido Comunista.¹² Sin poder, por obvias razones, hacer la reunión en las instalaciones de “Patria y Tradición”, esta se improvisó en la precaria vivienda de Macoco en Presidente Perón. Desde las camionetas, empezaron a ser bajadas grandes cantidades de alimentos y de medicamentos acopiados, en principio, en las casas de los *poronga* de ese barrio. Estos ordenaron, de inmediato, la preparación de un “guiso carrero” en una olla popular que habría de ser distribuido entre los distintos *satélites* para alimentar exclusivamente a sus *soldados*. A lo largo de las horas siguientes llegaron varias camionetas más trayendo chapas, cartones, postedes, cables, alambres y materiales de construcción. Lumbroso y Guarini brindaron su asesoramiento acerca de cómo debían ordenar el asentamiento, delimitando cuidadosamente sus lotes para evitar su superpoblación, el trazado de calles, etc. para aproximarlos a la legalidad exigida por la Provincia y la Municipalidad. También recomendaron la institucionalización inmediata de la “comisión” como organización intermedia, de modo de empezar a transitar su reconocimiento legal; y el bautismo del barrio mediante un nombre definitivo. Acordaron, entonces, la denominación de “4 de Enero”, en homenaje a la fecha de la ocupación; y la creación de un “centro social” cuya presidencia recayó sobre Jorge Soto, uno de los jefes de las bandas *satélites* que habría de operar como “mascaron de proa” de los *poronga* jefes. Los políticos también recomendaron esperar el curso de los acontecimientos de manera de no malgastar recursos que podían llegar a ser indispensables mas adelante; como la apoyatura gremial y territorial. En lo posible, debían mantener el bajo perfil, de acuerdo al juego tácito inducido desde el municipio: si en una semana no había orden de desalojo dictada por un juez, el asentamiento podía darse por consagrado.

El terror interno: disciplinamiento, depuración, y códigos “tumberos”

Pero en el otro escenario, se vivía una situación muy distinta a la de los civilizados modales de los *poronga* frente a sus avales políticos. El resto de la “comisión” se constituyó en patrulla cuyas tareas transcurrieron, a lo largo de la noche y de la madrugada, en dos etapas. En la primera, ocho *poronga* muñidos de armas pesadas y de chalecos antibala rodearon a los vecinos de Horacio Quiroga, emplazándolos a levantar sus carpas en

¹² Se trataba del “Movimiento de Trabajadores Desocupados” liderado por Beto Ibarra.

el término de una hora. Una comisión intento convencerlos de sus derechos legales a ocupar esas tierras, y de su buena predisposición a convivir con los demás grupos; pero todo fue inútil: el dialogo fue interrumpido por una sinfonía de tiros al aire para demostrarles que iban a ser consecuentes con sus amenazas. Alonso, desde su Villa Independencia, seguía los acontecimientos instalado en la vivienda de uno de los vecinos limítrofes con la zona; y había ordenado a los demás estar preparados con sus armas para ejecutar su poder de fuego ante una eventual invasión procedente del asentamiento. Algunos socios cooperativos también respondieron con tiros al aire; pero la superioridad militar de sus agresores los disuadió de resistir. A la medianoche, los últimos contingentes de las noventa familias de Horacio Quiroga abandonaron el asentamiento, marchando por los terrenos entre Independencia y las canchas en sentido inverso al que habían transitado cuarenta y ocho horas antes. Mientras los expulsados de alejaban vejados y humillados, la banda de “Los Polaquitos” ocupo inmediatamente el lugar con el apoyo de grandes reflectores portátiles. Una hora más tarde, luego de instalar sus carpas, celebraban la victoria.

A continuación, la patrulla se dirigió al encuentro de los jefes “satélites” para proceder a requisar a los asentados de sus zonas y comprobar si eran realmente “soldados” u “hormigas”. Cuando se detectaba a alguno de estos, se los conminaba a optar entre abandonar el predio o pagar los \$500 que los jefes habían estipulado. En la mayoría de los casos, y por obvias razones, hubo buena predisposición a negociar; acordándose el plazo de una semana para comprar el terreno y el pago de un “derecho de permanencia” de \$5 por noche. Pero también hubo episodios de resistencia que se tramitaron mediante la aplicación de los códigos *tumberos*. Tal fue el caso de un asentado que, también alcoholizado, desafió el “apriete”; siendo él y su familia rodeados y sujetados para ser sometidos a una de las categorías más despreciables de las *tumbas* carcelarias: los denominados *violines*, afectos a la violación compulsiva de los recién llegados como expresión de su poder. Unos tres individuos procedieron al abuso de sus hijos niños y adolescentes ocupando el centro del escenario y festejado, ditirámbicamente, por *soldados* y aun por algunos *poronga*. Situaciones como esta, se reiteraron todas las noches durante los días siguientes. Lo curioso era que su vejación habilitaba a estas familias a permanecer para ser exhibidas como ejemplo desde lo que les deparaba a los denominados “insurrectos”. Mientras tanto, en los alrededores de la zona, circulaban con más asiduidad las viejas y destartaladas camionetas repletas de personas más armadas que los agentes de los propios patrulleros. Alonso siguió recibiendo la información que le proporcionaban niños de su barrio despachados con la misión de observar lo que ocurría en el asentamiento. Recién al amanecer, se retiro a su casa; no sin antes ponerse al frente -como lo hacia cotidianamente- del comienzo de las disciplinadas actividades de autoconstrucción de viviendas del Plan “Barrios Bonaerenses”.¹³ En 4 de Enero, en cambio, el saldo de la “tarea depuradora” resulto satisfactorio. Se habían contabilizado doscientos cuarenta *hormigas*, de los cuales unos cincuenta abandonaron sus predios. Estos fueron ocupados, al día siguiente, por nuevos *soldados* despachados por los *satélites*.

¹³ Ver Ossona, Jorge Luis (2005); Tierras, sociedad y clientelismo en Villa Urbana: el caso del Villa Independencia. Buenos Aires. CEHP-UNSAM.

La tardía reacción del aparato peronista paceño y el peligro de una guerra interbarrial

El día 4, Chilly ya estaba al tanto de sus sospechas en torno de los instigadores de la ocupación. Volvió a intentar reunirse con Serra –que aun permanecía en La Paz- ; procurando, simultáneamente, comunicarse por vía telefónica con Rosendi y Tavares. Pero mientras que el primero le denegaba el encuentro, el Secretario Privado y el intendente, directamente, no atendían a sus llamados. Aun así, no se quedó quieto: “bajo” en persona a entrevistarse con varios jefes barriales como Josefa Estigarribia, Anselmo González, Oscar “El Pájaro” Jiménez y José Luis “El Loco” Alonso, a quienes convenció sobre la necesidad de movilizarse ante la Delegación Municipal de Cuartel X y el propio Palacio Municipal para presionar al resto de las autoridades desde las bases.¹⁴ A tales efectos, puso a su disposición varios micros para transportar a los manifestantes; pero las protestas tuvieron un alcance limitado dadas las altas temperaturas de la época y fueron solo cubiertas por los medios locales. El Secretario de Tierras y Viviendas volvía, una vez más, a sentir el gusto amargo de la soledad. Sin embargo, el día 10, cuando la toma ya llevaba una semana, recibió un llamado que lo reconfortó: el Intendente Tavares –que había adelantado el retorno de sus vacaciones- lo citó a su despacho. Chilly pudo entonces descargar ante su jefe y maestro político todas las amarguras acumuladas durante los días anteriores; describiéndole detalladamente la información con la que contaba sobre el “armado” político que se ocultaba detrás de la ocupación: en una primera línea, asomaba como cara visible “Pupi” Caffaro, Fernández Seijo y Carlos Ramírez; pero en el mismo nivel había otra menos perceptible de las militancias territoriales que recibían apoyo logístico desde la CTA; y que pretendía abrir una “cabecera de puente” en La Paz desde una base operativa de Villa Diamante en Alsina en manos de sus aliados de izquierda. En una segunda línea estaban los dirigentes intermedios Hugo “El Nene” Santalla y Hugo Samid comandados por el funcionario del INAC y socio principal de la radio de Villa Urbana Eduardo “El Gordo” Rizzi. Presumiblemente, este recibía directivas de Arraigo cuyo director, desde su puesto en el gobierno nacional, operaba subrepticamente a favor de la Alianza; aunque sin el patrocinio menemista. En la base, por último, se ubicaba el entramado de delincuentes comunes encabezados por Raúl “Macoco” Roldán y sus bandas aliadas, que habían instalado en el interior del asentamiento el clima terrorífico de las cárceles y reformatorios de menores en los que, la mayoría, habían estado recluidos en sucesivos periodos de detención.

El intendente, un ex villero y reconocido *poronga* de su barrio Santa Isabel de Seafiel –de hecho, había descollado durante los 60 como boxeador amateur- consternado por los relatos de su interlocutor se decidió a actuar. Convocó inmediatamente a Foster para interrogarlo sobre la solidez de su base en la zona a través de “El Pampa” Samuel Rodríguez, dada su reconocida cercanía con Macoco. Pero el Secretario de Obras Públicas le respondió que su subordinado permanecía, aunque de manera crítica, leal al peronismo paceño. Luego, le ordenó a Chilly que volviera a enviar emisarios a la zona para medir la fidelidad de Alonso, Ibáñez, Estigarribia y González. Estos reiteraron su oposición a la ocupación; particularmente el primero, a la sazón, presidente del maltrecho COC N° 1. Alonso le contraenvió un mensaje al intendente señalándole que, si el estuviera en su lugar,

¹⁴ Chilly se remitía, así, a los referentes de diversas redes favorecidas por el declinante Proyecto La Paz; aunque esa suerte de coalición barrial, por entonces, ya se estaba diluyendo y modificando sus jefes sus posiciones frente a un poder político cuya crisis abría interrogantes de difícil respuesta.

ordenaría un desalojo “a sangre y fuego”; y que, en su opinión, se trataba de un prototípico “asentamiento golondrina”, una variante de última generación del delito urbano.¹⁵ Con ello, Tavares, pese a ser conciente de la crisis del Proyecto La Paz y del vaciamiento del COC N° 1 –un fenómeno que se estaba extendiendo en muchos otros- contaba aun con apoyos territoriales sólidos como para cubrir un eventual desalojo. Pero sufrió un revés cuando le ordeno al comisario de la Seccional Villa Urbana ir concentrando efectivos “en pinza” en los extremos del asentamiento desde la franja de las canchas y el Camino de la Ribera. La respuesta del funcionario fue esquiva; y, en algún punto, rayana en la insolencia: no tenía efectivos suficientes; y aquellos con los que contaba, no estaban dispuestos a presionar a los ocupantes debido a que en la tropa había muchos miembros a ellos emparentados. Semejante estrategia, por lo demás, requería de, cómo poco, un centenar de agentes de infantería y caballería; y que, aun de tenerlos, dudaba de sus posibilidades de éxito habida cuenta de la magnitud del aparato militar de los ocupantes suministrado por traficantes paraguayos. Tavares insistió en que los consiguiera; pero, al día siguiente, el policía le respondió que el Ministro de Seguridad provincial, León Arslanian, se oponía terminantemente al desalojo y a toda represión. Indignado, intento entonces comunicarse con el gobernador Duhalde, de vacaciones en su residencia de Pinamar; pero este no respondió a su llamado. En un nivel más elevado, Tavares estaba transitando por un camino análogo al de Chilly la semana anterior. El mensaje era concluyente: no había voluntad política de desalojar el asentamiento. Solo restaba, entonces, apostar a su previsible implosión merced a los conflictos horizontales en el nivel de los “poronga” o de los “satelite”; o verticales entre ambos estamentos. Estos eran más que posibles a medida que se demoraban las definiciones y eran factibles de ser atizados mediante la compra de algunos de sus referentes. Pero esa estrategia fue, al cabo, desestimada, debido a la impugnabilidad de la organización pergeñada por Macoco; y porque una eventual implosión podía llegar a tener consecuencias impensables que, en todos los casos, habrían

¹⁵ La Unión, 20 de febrero de 1998 “Denuncian a los “asentamientos golondrina” como una nueva versión del delito urbano. Lo atribuyen a organizaciones dedicadas a la introducción de inmigrantes ilegales” En ese artículo, Alonso, flanqueado por Foster formulaba esa denuncia. La denominación “asentamiento *golondrina*” respondía a aquello en lo que, finalmente, habían derivado las ocupaciones territoriales comenzadas en las postrimerías de la Dictadura Militar. En La Paz, muchos punteros y referentes desplazados y marginados del Proyecto La Paz se lanzaron a diferentes tipos de ocupaciones, casi siempre bajo el auspicio o amparo de sus jefes burocráticos. No obstante, estas adquirieron una masividad creciente desde 1997 sobre la base de “bandas voladoras”, ocupadoras de “asentamientos *golondrina*”. En la estrategia de “apertura de territorios”, los “*golondrina*” respondían a las redes políticas de estos referentes, cuyo negocio consistía en ocupar y vender lo antes posible, allanando el camino a ulteriores compradores más estables. Muchas veces, las ventas se acordaban antes de la toma con arreglo a criterios políticos consistentes en lo que en la jerga de los asentamientos se denomina “armar el paquete”; esto es, situar bases políticas sólidas, cuyo éxito habría de estar garantizado por una apertura generosa a otras agrupaciones rivales. De todos modos, los “asentamientos *golondrina*” nos introducen en el complejo tema del mercado inmobiliario informal que se fue extendiendo en el curso de los 80 y los 90; y que merece un tratamiento específico. 4 de Enero abrió un precedente de “bandas voladoras” que habría de continuar durante las sucesivas ocupaciones de la zona a lo largo de los siguientes cuatro años. Es interesante observar, por último, que siendo los inmigrantes paraguayos los demandantes más apetecibles de nuevas tierras, sus referentes solían remitirse a reconocidos “malandras” de la zona que activaban sus aparatos de “bandas voladoras”. Pero ya hacia fines de la década, y al compás de la desaparición de buena parte de este segmento, surgieron ocupadores paraguayos que no recurrían a referentes locales. Devinieron, así, en verdaderos “empresarios” del negocio inmobiliario dedicado en radicar a los contingentes cuya masividad, al menos en la zona, recién se detuvo hacia comienzos de la década siguiente en virtud de la crisis económica.

de ser contraproducentes para los intereses del peronismo paceño. El otro peligro procedía de un eventual enfrentamiento entre el asentamiento y los barrios periféricos; especialmente con Independencia.

Las denuncias sobre el clima de terror nocturno y la mala impresión que generaba en los móviles la amenaza cada vez más desafiante y hasta burlona de los vehículos de ocupadores armados decidieron por fin al comisario a afianzar la presencia policial en la zona; aunque sin alcanzar los niveles demandados por el intendente. Las noticias sobre las violaciones punitivas sobre las familias *hormigas* que se negaban a pagar los tributos exigidos –en algunos casos, luego de pagar los \$ 500, se les exigía otro pago equivalente- se empezaron a difundir en la prensa local. Los *poronga*, asimismo, habían logrado dotarse de energía eléctrica mediante conexiones ilegales en Alsina que fueron debidamente denunciados por EDESUR ante la Justicia. La Subsecretaria de Higiene y Salubridad municipal, a cargo de un amigo de Chilly, por su parte, denunció el peligro de explosiones que suscitaban las fogatas en la zona del basural debido a la subyacencia de residuos químicos. Pero en su interior, no faltaban los alimentos merced al sistema de ollas populares abastecidas por los dirigentes del Frepaso, ni tampoco los medicamentos para los vecinos insolados o intoxicados por el alcohol y las drogas. Por ello, ya a esa altura, el asentamiento podía darse por consolidado.

No obstante, un nuevo hecho violento ocurrió en la madrugada del día 16 cuando “Los Polaquitos” intentaron “engancharse” al cableado eléctrico de Independencia. Un vecino los denunció ante Alonso, quien ordenó que se los repeliese a balazos. La banda respondió de manera acorde; resultando cuatro vecinos y un “polaquito” heridos de consideración. “El Loco”, entonces, se presentó ante la Secretaría de Tierras y Viviendas enfurecido y –cosa que lo hacía más temible- alcoholizado. Le advirtió a Chilly y, por su intermedio, a Tavares que si no establecían un cordón policial de seguridad en el límite entre el asentamiento y su barrio iba a “correr sangre” porque la próxima provocación habría de ser repelida mediante todo el poder de fuego de su comunidad; y que él se iba a encargar, personalmente, de liquidar a todos “los Polaquitos”. Consecuentemente, el jefe barrial ordenó a una parte de las cuadrillas suspender los trabajos de autoconstrucción para marchar, al día siguiente en protesta al Municipio; esta vez, acompañado, en forma multitudinaria, por todos los barrios de la zona que sumaron unos tres mil manifestantes. Los medios nacionales, por primera vez, se aproximaron a la Plaza de La Paz; y los vecinos pudieron así transmitirles lo que estaba ocurriendo, a sus espaldas, en el Campo Lorca. Pero el aparato ocupador no le fue a la zaga, y activó sus propios recursos mediáticos.

La “guerra mediática” entre los aparatos peronista y aliancista

Los móviles televisivos y radiales llegaron un día después al escenario montado sobre la Avenida Talleres en donde Santalla, flanqueado por los fornidos miembros de su cooperativa de trabajo del Mercado Central, le dirigió un mensaje, entre afectuoso e intimidador, a su viejo compañero de militancia, el intendente Tavares, según el cual: “Acá están, querido compañero Guido, los pobres, los laburantes, los desocupados; también los chorros, los borrachos y los drogados de los que usted procede, y a los que usted ha abandonado aislado por su entorno de delincuentes mucho peores de los que están acá...”. Lo rodeaban, además de Caffaro, un grupo de “Madres de Plaza de Mayo”; y por una delegación del SUTEDA encabezada por el profesor Edgardo Di Maggio. Ante las cámaras, estos dirigentes testimoniaron su apoyo a los desheredados de 4 de Enero, “víctimas del

“modelo neoliberal genocida” heredero de la Dictadura que, continuando la lucha de los combatientes de los años 70, resistían al menemismo-duhaldismo procurando un lugar en la ciudad...”.¹⁶ Resulta prudente pensar que ignoraban los hechos que ocurrían adentro del asentamiento que, por las noches, remitía a los peores recuerdos de los tiempos del terror estatal; y cuyas víctimas, abandonadas por las autoridades políticas, habían quedado al margen del estado de derecho democrático.

Desde entonces en mas, el escenario políticamente mas significativo habría de ser el de los medios de comunicación; librándose una guerra, ahora virtual, entre ambos bandos: unos apoyados por el Intendente –aunque no así por maltrecho y resentido *cuerpo de élite*- y los otros por la cobertura política y sindical opositora. Tavares, mientras tanto, volvió a caer en un pozo depresivo; dejando, nuevamente, aislado a su subsecretario Chilly quien no dejaba de recibir, todos los días, información cada vez más alarmante sobre lo que ocurría en el asentamiento comandado por Macoco y su “comisión”. Por caso, y siempre según el régimen *tumbero*, algunos *porongas* y *satélites* habían institucionalizado un nuevo sistema de chantaje respecto de los *hormigas*: debían entregar una hija adolescente que pasaría a amancebarse con ellos a cambio de respetar el lugar conquistado. Algunos padres aceptaron la imposición basta de salvar la tierra; incorporándose como nuevos *soldados*. “Cara de Vieja”, que por entonces rondaba los cuarenta años, recorría la villa ostentando su presa: una joven de catorce años. El ejemplo cundió; y fue imitado por uno de “Los Monitos” y por un “polaco”.¹⁷ Entonces, entro a jugar en la trama un nuevo actor: la Iglesia Católica. El padre Marchand, párroco de Nuestra Señora de Caacupe en Nueva Urbana, remitió toda esta información al padre Duffau de la Iglesia de Nuestra Señora de Itati en San José Obrero; sede de la Congregación Monfortiana.¹⁸ Duffau le pidió una entrevista a Gallini quien, a su vez, se logro reunir con un Tavares desalineado y semialcoholizado. El obispo se dirigió, entonces, directamente al gobernador Eduardo Duhalde

En el interior del asentamiento, mientras tanto, se estaban suscitando nuevos acontecimientos. En el plano legal, Rizzi, Lumbroso y Guarini procedieron a censar a los habitantes de manera de conformar aquello que, en la jerga política de las ocupaciones, suele llamarse “armar el paquete”; proceso por el que los vecinos pasaban a ser un supuesto botín electoral. El “Centro Social 4 de Enero”, cuyo representante formal era Jorge Soto, se convirtió, de hecho, en un comedor comunitario que mantenía el apoyo de las bandas; y que suministraba cuatro comidas durante el día. Pero el censo era meramente formal, porque lo que no sabían los miembros del aparato político era que, al primer gesto por parte de las

¹⁶ Manuscrito aportado por Raúl Santalla, que fue leído ante las cámaras televisivas.

¹⁷ Testimonios de “Palo”, “El Pampa” y de Jorge Soto. La practica de los “capos” de violar a los recién llegados era normal en las cárceles y solo lograban sortear eses destino aquellos que “se hacían respetar” merced a su fuerza física, al habilidoso uso de facas; o a contactos con “pesados” del mundo exterior con los que estos tenían compromisos. De todos modos, convertirse en “gato”, “mino”, o “mujer”- pasando a integrar los harenes de amantes periódicos de los capos para saciar sus urgencias- implicaban beneficios tales como el respeto de otros grupos y el de sus socios guarda cárceles. Si bien es cierto que en el asentamiento esta práctica se traducía en relaciones más heterosexuales; la homosexualidad activa de los “poronga” –su denominación, en tal sentido, no era fortuita- y de los “capitos” *satélites* no estuvo ausente como símbolo por antonomasia de la autoridad “tumbera”. Esas practicas, de todos modos, encontraban un caldo de cultivo natural en los ambientes homofílicos como los penales, pero también de los asentamientos en su etapa “heroica”, antes de las ventas

¹⁸ Esta había tenido un papel crucial en el poblamiento de la zona desde hacia mas de cuarenta años. Ver Ossona, J (2007); Militancias y poderes barriales en Nueva Fierito durante la transición democrática: el caso de Los Ibáñez. Buenos Aires. CEHP-UNSAM.

autoridades políticas de suspender el desalojo, las bandas habrían de vender de inmediato la mayor parte de las tierras; salvo aquellas estratégicamente localizadas para la producción de drogas o para el “corte” de vehículos robados.

La política barrial en procura de la representación de los “hormigas” oprimidos: crisis en el Centro Social 4 de Enero

Hacia fines de enero, en la entrada noroccidental del asentamiento, se habría de producir otro episodio significativo: un mediodía un contingente de unas veinte familias *hormiga* se instalaron a poca distancia de la zona de “Los Monitos” con la idea, aparente, de armar otro pequeño asentamiento en una extensión de unos cien metros cuadrados. Estos informaron lo ocurrido a la “comisión”, cuyos miembros intentaron “apretar” a los recién llegados; pero recibieron, como contrapartida, una respuesta militar contundente que los obligo a retroceder. Así, luego de veinte días de incesantes disciplinamientos nocturnos, había aparecido un núcleo que se atrevía a desafiar a los *poronga* y a sus *satélites*. Macoco y Rizzi consideraron que los nuevos *hormiga* no eran casuales; y que, presumiblemente, respondían a enemigos poderosos procedentes de alguna zona del oficialismo local. La noche siguiente, Macoco en persona se acercó acompañado por varios *capos* y por *soldados* de “Los Monitos” exigiéndoles, a modo de tanteo, el pago de los \$ 5 por derecho de permanencia, y de \$ 1000 por cada uno de los lotes. Quien asumió el papel de interlocutor fue un individuo cuyo perfil corporal poco tenía que ver con el de los *poronga* clásicos; con lo que Macoco infirió –con razón- de que el individuo debía ser un buen tirador. Ricardo “Hormiga” Yaniz acepto, en líneas generales, las condiciones; pero le pidió, en nombre de sus vecinos, el plazo de un mes para pagar la suma. Pero éste le reitero la escrupulosa obligación de pagar el “peaje” nocturno; y que habrían de ser desalojados si en una semana no reunían una suma de unos veinte mil pesos. La osadía del nuevo personaje dejo, sin embargo, intrigados a los jefes: ¿Quién lo mandaba? ; ¿Se trataba de la cabecera de puente de una contraofensiva desde Nueva Urbana-Independencia-1° de Octubre?; ¿O se los estaba enviando para negociar en los términos de la “comisión”? Decidieron, siempre aleccionados por Caffaro y los abogados, en no adelantarse y esperar.

Cuatro días mas tarde, el improvisado “centro social” convoco a una reunión para afinar los datos del censo; y allí Yaniz denunció ante Soto las condiciones opresivas que reinaban en el asentamiento nominalmente a su cargo; suscitándole el apoyo entusiasta de decenas de vecinos -sobre todo, de mujeres- que, merced a su valiente alocución, empezaron a perder el miedo y a imaginar a un representante alternativo. Yaniz y su sequito de cinco vecinos empezaron a recorrer el barrio de día. Alonso, al tanto de su presencia, lo cito a una reunión con el en la sede de su Centro Cultural. “El Loco” fue al grano: Yaniz podía llegar a controlar el nuevo asentamiento cuyo desalojo, ya a esa altura, era improbable. Según él, las autoridades provinciales y municipales, al cabo, habrían de reaccionar; resultándole al Frepaso imposible instalar un territorio con Macoco y las bandas a la cabeza. Su llegada a la conducción del nuevo barrio era solo cuestión de tiempo; y él estaba dispuesto a darle todo su apoyo político y militar. Yaniz recibió entusiasmado la propuesta; pero también le transmitió a Alonso el temor de que Macoco tomara represalias una vez cumplida la semana que le había puesto de plazo. Sus temores no eran infundados: esa misma tarde, cuando retornaba a su carpa, fue atacado por un individuo montado a caballo quien le disparo dos balazos; pero “Hormiga” le respondió con su propia Ballester Molina, asesinandolo en el acto. Gravemente herido; y antes de ser trasladado por un vecino de Independencia en su

chata al Hospital Evita de Alsina, le ordeno a su familia y a sus *punta de lanza* allegados que levantaran sus viviendas, y que huyeran frente a la inminente represalia de la “comisión”. La policía, como era de rigor, califico al hecho como “riña callejera”; pero Yaniz quedo involucrado con un cargo por homicidio, pese a argumentar que había sido en defensa propia. Macoco, mientras tanto, seguía sin descifrar el origen de su adversario que exhibía inequívocas dotes de organizador, como lo testimoniaba la inmediata evacuación de sus veinte vecinos.

El desborde del terror de las bandas y la intervención del gobierno provincial

4 de Enero acababa de cumplir un mes sin que nadie, en los gobiernos nacional, provincial y municipal –en este ultimo caso, muy pocos- se percataran de la peligrosidad del dominio de los *poronga* y sus socios. Así, habría de seguir siéndolo durante un mes más; hasta que en marzo, el municipio volvió a trabajar a pleno. Por entonces, un nuevo episodio de violencia conmociono a sus vecinos: un *hormiga* que se desempeñaba como radioaficionado, y que ya había pagado su terreno, le expreso a la “comisión” la ilegitimidad del pago de los \$5 diarios para garantizar su permanencia. El planteo derivo en una discusión que termino con su asesinato al procurar resistirse a la violación de su esposa delante de sus hijos. Rizzi debió implorarle a Macoco que pusiera fin a un terror nocturno que comprometía sus planes respectivos. Pero el jefe *poronga*, que había acentuado su adicción a la cocaína se había vuelto imprevisible e incontrolable. Con los lideres de cuatro bandas intento extender el asentamiento a la franja entre los clubes y Independencia; pero su amigo Samuel, cumpliendo con su promesa, los disperso a los tiros. Al día siguiente, intento tomar el sector de la franja sobre Ibarzábal; topándose con un Alonso asombrosamente sereno que, rodeado de una comitiva de varias decenas de vecinos armados, lo conmino a retirarse porque allí el gobierno provincial proyectaba edificar la escuela prevista en el “combo” del ya frustrado complejo cultural y deportivo ideado por “Los Ibáñez”. “El Loco”, entonces, exhibió, nuevamente, su amenazante presencia en el Palacio Municipal emplazando, nuevamente, a Chilly en su despacho de Tierras y Viviendas: o la Municipalidad y la Provincia acababan con el asentamiento, o lo habrían de hacer los barrios; comprometiéndose personalmente a eliminar, esta vez, a Macoco y a sus “*poronga*”.

El Intendente seguía encerrado y ausente en su despacho, con lo que el poder municipal se hallaba en un virtual estado de acefalia. Entonces, el Subsecretario decidió saltar el orden jerárquico escrupulosamente impuesto por el “cuerpo de élite” desde la Secretaria Privada; y se dirigió a sus superiores de la Secretaria de Tierras y Urbanismo Provincial a cargo de Delfor Giménez, siendo atendido por su subsecretario el Dr. Leonardo Mallo.¹⁹ Este no se asombro de lo que estaba ocurriendo en el Campo Lorca, porque episodios de esa naturaleza –aunque sin de la ferocidad de bandas como las encabezadas por Macoco- se estaban reproduciendo en varios puntos del Gran Buenos Aires patrocinadas por el Frepaso y sus aliados sindicales y comunitarios en el arco de su denominada “política territorial”. Tampoco se mostró asombrado por la negligencia policial, cosa que evocaba una fuerte

¹⁹ El intendente, aunque influenciado por el núcleo integrado por Rosendi, Serra, Trenti y Valle, había advertido que aquel funcionario que sorteara a sus instancias superiores en el organigrama municipal habría de ser inmediatamente cesanteado de su cargo; y su “inconducta” como militante elevada al Tribunal de Disciplina partidario.

división también en el interior del gobierno provincial. Mallo se comunicó con Giménez; y este con el Gobernador quien lo autorizó a intervenir según la estrategia diseñada para dar respuesta a otros casos similares ocurridos en tierras provinciales, municipales, y privadas. No obstante, Duhalde, que ya estaba al tanto de los acontecimientos de Campo Lorca a través del Obispo Demetrio Gallini, lo conminó a realizar una “tarea de cirujano” de manera de evitar un baño de sangre.

Dos días más tarde, el “*tandem*” Giménez-Mallo volvió a citar a Chilly a La Plata luego de las debidas averiguaciones que le solicitaron a la SIDE. Según el informe del organismo de inteligencia, la gente del Frepaso no actuaba sola sino con el apoyo y el auspicio de Arraigo y el INAC cuyos funcionarios, por intermedio de Eduardo Rizzi, estaban tratando de instalar en el asentamiento una nueva cooperativa. Los “*poronga*” se oponían a ello por su intención de vender la tierra, lo antes posible, a un poderoso grupo paraguayo vinculado al tráfico de armas y a la importación ilegal de coches robados a su país. El frente político-territorial de 4 de Enero se estaba, entonces, fracturando; por lo que urgía intervenir antes que la situación se descontrolara en una brutal guerra interbarrial. Pero Mallo sabía que las batallas territoriales se terminaban librando en los medios -ámbito en el que sus adversarios frepasistas eran avezados expertos- por lo que dispuso convocar a las principales cadenas radiales y televisivas nacionales para cubrir el operativo que estaba planeando. Giménez, por su parte, tomó contacto con el Ministro del Interior, Carlos Corach, quien, informado del caso, le envió una división de Gendarmería Nacional con la orden de instalar, preventivamente, un Hospital de Campaña. Para no quedar detrás de los acontecimientos, el ministro Arslanian reforzó a los efectivos de la comisaría de Villa Urbana con una división de caballería y otra de infantería dotada de perros adiestrados para atacar. Ni bien detectaron el desplazamiento de las fuerzas estatales, el aparato aliancista político y sindical se puso en acción; y sus principales exponentes confluyeron en el escenario. El diputado Caffaro en persona le entregó a Macoco y a Rizzi una gigantesca bandera argentina que, sin solución de continuidad, rodeó las doce hectáreas del asentamiento. En la entrada de cada pasillo y en los alrededores se reforzaron las guardias armadas; y se encendieron, a lo largo de esos días, unos mil cuatrocientos neumáticos enviados por la CTA y por la red de organizaciones territoriales que esta aglutinaba. La “comisión” debió resignar sus tareas de pillaje nocturno; concentrando sus efectivos en quince puntos estratégicos apoyados por los militantes del Mercado Central aportados por Santalla, y por los incógnitos parientes y amigos de empleados municipales vinculados a Samid. Los medios confluyeron de inmediato en la zona.

Lumbroso y Guarini advirtieron sobre la inminencia de desalojo; pero el carismático subsecretario Mallo les salió al paso trenzándose en un contrapunto con los otros abogados a los que desmintió, argumentando el hecho de no ser ni juez, ni fiscal, ni policía; y que solo venía a negociar la regularización urbanística del asentamiento para lo que necesitaba entrevistarse con sus responsables. Ambos núcleos se dirigieron, entonces, a acceso principal del predio cortejados por cámaras y movileros; pero los *poronga* negaron el acceso al funcionario. Como Mallo conocía a Lumbroso por su participación en episodios semejantes ocurridos, también durante ese verano, en Florencio Varela intentó negociar con él su ingreso. Pero solo le pudo arrancar el compromiso de una consulta con la “rama política”. Entonces se volvieron a abrir las aguas: mientras Caffaro, Rizzi y Guarini seguían oponiéndose terminantemente; Santalla y Samid transigieron, dirigiéndose a negociar con los “*poronga*” a quienes convenció de la sinceridad del “compañero” Mallo. Estos le impusieron por condición que las fuerzas de seguridad retrocedieran quinientos metros;

cosa que el funcionario ordeno de inmediato. Los efectivos se retiraron de la Avenida Talleres, y se apostaron en la plaza de Villa Independencia, sobre Ibarzábal. Solo quedo en pie el hospital de campaña que, pronto, se convertiría en una improvisada sala de negociaciones.

El desenlace de la “guerra mediática”: la fractura del aparato opositor, el repliegue planificado de las bandas, y el fin del “asentamiento golondrina”

Mallo ingreso a 4 de Enero acompañado por su propio hijo, por un sobrino su superior Delfor Gimenez, y por Eduardo Chilly; aunque también por tres efectivos de la SIDE que portaban con discreción armas automáticas ante cualquier situación de emergencia. El sequito fue rodeado por otro de más de veinte individuos que no eran sino los miembros de la “comisión”; además de Soto, y algunos *satélites* quienes, sin demasiado empacho, exhibían con naturalidad sus armas de fuego ante las cámaras. Al compás de su marcha, se produjo lo que esperaba: decenas de vecinos denunciaban a los gritos el clima de terror reinante. Algunos jefes eran acusados en persona; recibiendo, impávidos, insultos y escupitajos. Una mujer, presa de un ataque de nervios, se animo a acusar a varios integrantes de la comitiva de haber violado a sus hijos. Mallo observo, además, como sus pasos eran seguidos con largavistas por individuos montados a caballo desde los montículos. Infirió, por su aspecto rural, que se trataba de inmigrantes paraguayos. Absortos, y temiendo que los tomaran como rehenes, el gobernador y Gimenez, que seguían la secuencia por televisión, ordenaron a Mallo salir inmediatamente del asentamiento; sobre todo cuando este ultimo advirtió la presencia de su sobrino. Antes de cumplir con la directiva, el funcionario pudo contemplar el espectáculo de las casillas levantadas en medio de la laguna.

Una vez afuera, los funcionarios se reunieron con Lumbroso y Guarini, Rizzi, Samid y Santalla en el hospitalito de campaña. Mallo les informo que tenía datos fehacientes según los cuales el asentamiento estaba sobrepasado en doscientos cincuenta familias que era menester evacuar a un sitio mas digno; sobre todo, a aquellas que, virtualmente, vivían en el agua. Era menester abrir seis calles: tres paralelas y tres perpendiculares a la Av. Talleres según el diagrama trazado siete años antes por Arraigo cuando planifico el reemplazamiento de los contingentes de San José Obrero y Horacio Quiroga. Pero, en realidad, su cálculo sobre el hacinamiento estaba excedido en unas cien familias debido a la solicitud de Chilly de poder cumplir con Anselmo González de que, al menos, pudieran volver las noventa familias expulsadas. En su defecto, el jefe barrial –de reconocida militancia radical- lo había advertido sobre la posibilidad de ser relevado al frente de su asentamiento por un motín de vecinos que estaban siendo “trabajados” por Santalla y Samid.²⁰ Las familias excedentes serian trasladadas a un inmenso predio provincial en el kilómetro 35 de la ruta nacional N° 3, en González Catan, a orillas del Río Matanza, en el partido homónimo en donde serian beneficiarias del “Plan Lote + Servicio” consistente en un predio dotado de luz y de agua corriente. La “comisión” recorrería el asentamiento acompañada por dos representantes gubernamentales –que oficiarian como testigos-

²⁰ Anselmo González era descendiente de una de las familias viejas del radicalismo urbanense que había sido muy fuerte en la zona hasta los años 70; y que había vuelto a cobrar vigor a principios de los 80 a raíz del entusiasmo suscitado por el alfonsismo. Su segundo, Carlos Florentín, también registraba ese origen político; pero mientras que Fernández era balbininista ; Florentín era alfonsinista.

ofreciendo la propuesta muñida de las listas censales. Los políticos recomprometieron a consultarlo con los “jefes naturales de la comunidad”, esto es, con los miembros de la “comisión” quienes -deseosos de poder vender las tierras- aceptaron todas las condiciones; pero, como medida precautoria, también exigieron que los contingentes fueran trasladados en un camión por vez; y que estos, solo podrían ingresar por la entrada principal.

Ese mediodía comenzó el traslado, sobre todo de los habitantes de la laguna. Macoco, por su parte, le ordeno a “Los Polaquitos” abandonar las casi dos hectáreas que concentraban en su poder; desplazándose hacia los predios que iban quedando vacantes de manera de permitir el ingreso de las noventa familias de Horacio Quiroga. Pero mediante una contra orden secreta les sugirió que, aprovechando la confusión del movimiento, volvieran a reinstalar todos los “soldados” que fueran posibles. El reemplazamiento se convirtió entonces en una caótica carrera contra el tiempo. Finalmente, y para que todo terminara de día -evitando las represalias nocturnas- negoció con los “poronga” una espectacular choricada bien regada con vino y cerveza a cambio que se permitiera el ingreso de mas camiones, no solo desde la entrada principal sino también desde los accesos laterales. Hacia el atardecer, la operación estaba completada; pero solo pudieron retornar treinta y cinco familias del barrio Horacio Quiroga; las cincuenta y cinco restantes quedaron en poder de nuevos “soldados” repartidos entre distintas bandas.²¹ La organización planificada en diciembre, sin embargo, había quedado irremediamente desarticulada. Urgía, entonces, a los jefes honrar el compromiso asumido con los paraguayos procediendo a entregarles las tierras a cambio de un valioso botín de armas automáticas, de drogas, y de dinero en efectivo. Las cuadrillas de la Secretaria de Obras Publicas municipal, que arribaron al día siguiente para delimitar terrenos y calles, pudieron contemplar el incomprensible intercambio humano que se estaba produciendo. Otro incidente ocurrió cuando los trabajadores municipales intentaron abrir las calles perpendiculares a Talleres: los “porongas” solo los habilitaron a ensanchar los ocho pasillos de la franja central de cuatrocientos por cien metros sobre esta arteria transformándolos solo en corredores para permitir el acceso de vehículos. De esa manera, pudieron extender los terrenos de acuerdo al compromiso asumido con los paraguayos; e imponer un filtro protector a las bandas residuales.

Una semana mas tarde, solo permanecía aproximadamente un cincuenta por ciento de las familias primigenias; la mayoría de las cuales vendieron sus predios en el curso de los siguientes dos años especulando con la suba de su cotización en el mercado informal de tierras. A siete días de la batalla televisiva, los *poronga* habían desaparecido; quedando solo en el asentamiento los representantes de las tres bandas de narcotraficantes con sus respectivas *cocinas*, ahora reforzadamente protegidas por vecinos dotados de sofisticados armas automáticas que hablaban en idioma guaraní.

²¹ La cosecha de Mallo fue, de esa manera, cuantitativamente magra. Las razones de ello estribaban que la mayoría de los *hormiga* no querían abandonar Villa Urbana debido a proceder de redes familiares de barrios aledaños y González Catan quedaba muy lejos. De estas redes obtenían distintos tipos de ayuda. Además, de una u otra manera, y pese a su discriminación por los *poronga* tenían garantizado el alimento merced al comedor comandado por Ojeda. Pero como contrapartida, había sido políticamente exitosa al cooptar a Santalla y Samid; desarticulando una de las líneas opositoras. Las bandas, asimismo, tras hacer su negocio, demostraron su inutilidad política para los fines del eje Frepaso-CTA-Arraigo. En la jerga territorial, el “paquete” del nuevo asentamiento volvió, de una u otra manera, al peronismo vía la alianza de Yaniz con Alonso que respondía, a su vez, a Mariela Bassi Mestre.

REFLEXIONES FINALES

La “ocupación de las bandas”, como aun la denominan los vecinos que recuerdan sus dramáticas vicisitudes expreso, políticamente, la crisis de la fórmula de poder construida por el peronismo pazeño en Nueva Urbana y su área de influencia desde 1991; anticipando los matices de aquella que la iba a suceder un lustro mas tarde. Ambas, sin embargo, compartían elementos subyacentes en los que confluía la cultura de los sectores populares y las prácticas de las dirigencias políticas. En torno de estas últimas uno de sus aprendizajes desde 1983 fue la capitalización de apoyos territoriales menos masivos que los organizados corporativamente durante las décadas anteriores. Para ello debieron apelar a las redes de solidaridades múltiples y superpuestas que encontraban en los barrios su principal campo de acción. De ahí, que desde los comienzos de la nueva democracia los dirigentes peronistas pazeños procuraran su conocimiento exhaustivo; evaluando sus extensiones y su diversidad cultural; insumo central de la nueva “política de los fragmentos”. Contaban a su favor el hecho de que, a lo largo de su historia, y sin perjuicio de la fuerza del sindicalismo, la cuestión territorial –y mucho menos la asistencial- nunca estuviera ausente. Este se potenció a raíz de las tendencias insurreccionales surgidas hacia fines de los 60 y principios de los 70 cuya impronta habría de expresarse, resignificaciones mediante, durante los 80 y 90.

En Nueva Urbana, la vida cotidiana estuvo impregnada durante las últimas décadas de una politicidad muy intensa, aunque crecientemente utilitaria y poco apegada a convicciones ideológicas profundas. Sus protagonistas fueron redes de diversa naturaleza –deportivas, religiosas, vecinales, etc.-; aunque, en todos los casos, cruzadas por lazos de parentesco reales o virtuales. Es sobre estos últimos que el peronismo pazeño, por ensayo y error, diversas formulas institucionales destinadas a su control electoral. La especificidad de aquella implementada en Nueva Urbana durante la primera mitad de los 90 tal vez haya sido la rigurosidad de su sistema de inclusiones y exclusiones que reproducía el instalado en el seno mismo de la administración comunal. El intento de darle una configuración jurisdiccional tenia por cometido no solo afianzar el control político de esa zona electoralmente crucial sino también producir hondas transformaciones culturales sugeridas por el clima ideológico de la época. En parte, es allí en donde se deben buscar las claves de los centros y periferias exhibidos por la política barrial cuyas tensiones habrían de detonar a raíz de la “ocupación de las bandas”.

A cinco años de su ostentoso lanzamiento, la insuficiencia de los alcances del “Proyecto La Paz” en los distintos segmentos de la política barrial de Nueva Urbana, y la falta de consensos en el interior del propio oficialismo justicialista -distribuido en las distintas jurisdicciones del Estado- sobre la cuestión territorial habría de motivar la rebelión de sus periferias. Esta fue auspiciada por una oposición que reclutaba a buena parte de sus cuadros dirigentes en el peronismo; y que pretendió combatir al oficialismo provincial de acuerdo a sus propias estrategias durante los 70 y principios de los 80. Contaban para ello con un poderoso aparato político, sindical y territorial que extendía sus contactos a regiones burocráticas localizadas en el interior de cada uno de las jurisdicciones estatales; sobre todo en la nacional. En un plano mas concreto, el aparato frepasista diseño una estrategia que opero, en primer término, sobre los últimos exponentes del peronismo corporativo excluido del poder municipal desde 1983, encarnado en las figuras de los sindicalistas Santalla y Samid. Estos fueron puestos a disposición de un operador ambicioso y audaz, especializado –signo de los nuevos tiempos- en la construcción de aparatos políticos multisectoriales.

Luego, procedió a extender su predica en los grupos de choque forjados en los 80 -desde el fútbol de potrero a la delincuencia suburbana- cuya indisciplina obligo al propio municipio y a sus aliados judiciales y policiales a su relativa desactivación desde fines de los 80. Durante los primeros años de la década siguiente, estos habían sido sustituidos por los más eficientes grupos narcotraficantes asociados a redes delictivas internacionales que operaban desde países limítrofes. Todos ellos protagonizaron la “ocupación de las bandas” cuya propia dinámica fue reposicionando a sus actores debido a la hábil y discreta intervención de aquel en contra quien se había instrumentado la operación. La estrategia territorial opositora en el Campo Lorca de Nueva Urbana termino, por ello, resultando contraria a aquellos que tan cuidadosamente la habían planificado recurriendo a genuinos apoyos locales.

¿Por qué fracaso el Frepaso en “abrir un territorio” opositor en el corazón mismo del duhaldismo paceño? Confluyen en su explicación varios factores. En primer lugar, sus dirigentes apostaron demasiado fuerte a un sector muy desprestigiado tanto por su errática trayectoria como por su indisimulado compromiso con el costado más oscuro de la política comunal. Si bien el narcotráfico había ganado cierta tolerancia en los sectores populares – particularmente de su segmento juvenil- no dejaba de ser percibido con cierto desprecio tanto por la peligrosidad de su actividad para la convivencia vecinal como por su asociación con las densas corrientes inmigratorias paraguayas. La organizada expansión territorial impulsadas por sus fantasmagóricos jefes venia suscitando en la población local de la zona resistencias no exentas de una profunda xenofobia. Pero los compromisos del elenco delincuente de los 80 con sus sucedáneos narcos y sus conexiones internacionales eran mas profundos de lo que calculó el funcionario nacional devenido en operador frepasista. Los “poronga”, a diferencia de lo que el esperaba, jamás supeditaron sus fines a la segunda línea del aparato opositor, porque su objetivo principal no consistía en vender a los inmigrantes solo la porción mas estratégica del nuevo asentamiento -dejando el resto librado a una organización política cuya conducción éste le había prometido a Macocosino la totalidad de su extensión. El otro factor explicativo de ese fracaso fue el propio comportamiento de la segunda línea, integrada por referentes resentidos con el oficialismo municipal, pero dispuestos a retornar a su seno ni bien este volviera e extenderles la mano. Si la recooptacion de Santalla y Samid, en ese sentido, refleja con relativa transparencia esa disposición; la de Rizzi, menos traslucida, también fue concluyente: habría de terminar “operando” para el duhaldismo desde adentro de la coalición opositora.

Sin las bandas y sin sus operadores los dirigentes frepasistas -políticos y gremiales- fueron quedando asediados por un duhaldismo. Este, desde la administración provincial, salteo al declinante aparato tecnoburocratico municipal liderado por el intendente; operando directamente desde tres fracciones de la segunda y tercera línea comunal que se avenían a sucederlo. La “ocupación de las bandas” obligo, asimismo, al duhaldismo a volver a jugar su abandonada estrategia territorial; desplegando una habilidad que, al precio de sembrar el caos durante los años siguientes, resulto mucho más exitosa que la de sus competidores -y, al cabo, imitadores- del Frepaso. Su conocimiento más exhaustivo de la configuración de las redes populares de Nueva Urbana termino inclinando la balanza definitivamente a su favor. Así, el peronismo paceño logro procrearse a través de una nueva estructura territorial sustitutiva de la del COC. Sobre esta, encarnada en la figura de José Luis Alonso, se habría de cimentar la Mesa Distrital de Tierras y Viviendas apoyada, directamente, desde el gobierno provincial, por el Fondo de Reparación Histórica del Conurbano Bonaerense y por el Ministerio de la Familia y el Desarrollo Humano.

Este, mientras tanto, afino su sintonía con la agrupación municipal encabezada por la concejal Mariela Bassi Mestre; una ultraduhaldista que heredaba de su jefe sus vínculos con la Iglesia Católica. A raíz de la “ocupación de las bandas”, esta institución también habría de recobrar su participación en la cuestión territorial de la zona durante los años siguientes. No por nada, la Secretaria de Tierras y Viviendas comandada por Eduardo Chilly -aunque bajo los auspicios de Bassi- pudo reconstruir sus heridos vínculos con las cooperativas de San José Obrero y Horacio Quiroga mediante otra versión del Plan Barrios Bonaerenses en tierras donadas al municipio por el Obispado Paceño.

La apuesta del Frepaso, por último, por una opción que habría de ser necesariamente violenta dado el alto grado de militarización de sus aliados, subestimo a otros socios potenciales tan marginados como las bandas; pero mucho menos compulsivos, y proclives a los acuerdos pacíficos. La situación estratégica del Frepaso local era, en ese sentido, inmejorable debido a que los jefes Cooperativa Horacio Quiroga militaban en un radicalismo históricamente muy poderoso en Villa Urbana. Merced al vendaval alfonsinista, la UCR había recuperado, durante los primeros 80, buena parte de las posiciones perdidas en las décadas anteriores. Su posterior eclipse, sin embargo, en modo alguno significó su extinción, como lo prueba su presencia en uno de los enclaves más pobres de esa localidad a instancias de dirigentes con trayectorias familiares procedentes de los tiempos en los que ese partido “mandaba” en la localidad. Probablemente, esa opción -descartada por los dirigentes del Frepaso- desnudo, anticipatoriaente en Nueva Urbana, las fragilidades que la Alianza habría de expresar al frente del municipio luego de la proeza de derrotar en 1999 electoralmente al duhaldismo en su bastión originario; y que preanunciaba su brutal desenlace dos años mas tarde.